

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

“Olivos en el paraíso: el lector ante un dilema”

TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN
CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

Miguel Ángel Vargas Reza

Directora del trabajo recepcional

Mtra. Herminia Pilar Morales Lara

México, D. F. Febrero 2014

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos

A Pita, porque juntos hemos aprendido y compartido experiencias.

A Carlos y Adriana, por lo que me significa su ser.

A la universidad por permanecer con puertas abiertas a las voluntades,

a sus maestros por la responsabilidad docente,

y en especial,

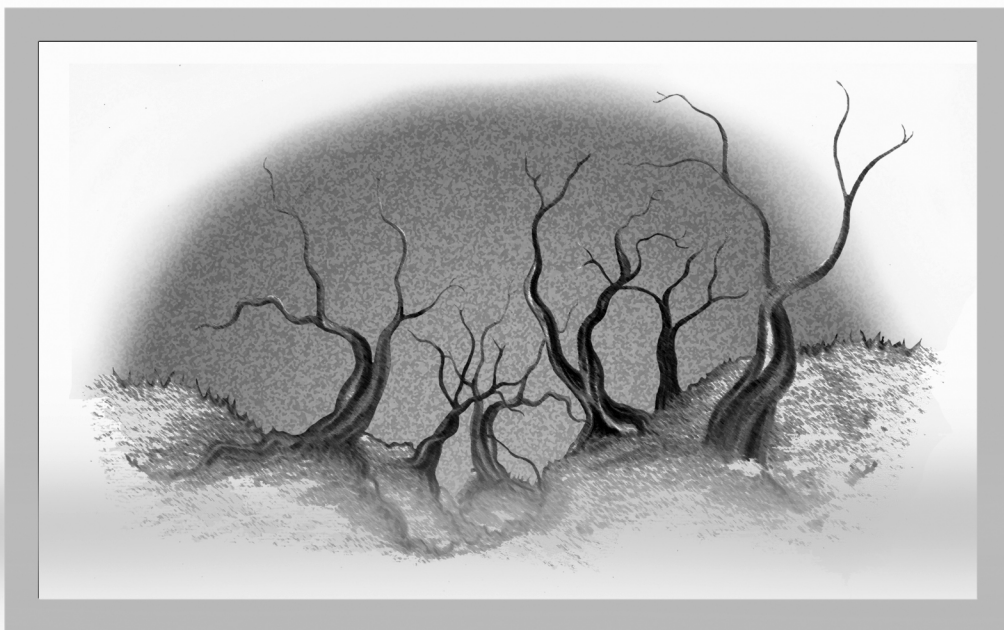
a Pilar, Adriana, Mónica, Gabriela y Armando,

por su cercanía y compromiso

imborrable.

Gracias a todas y a todos por lo hecho,

y por dar pie a todo lo que falta por hacer.



Olivos
Paraiso
en el
el lector ante un dilema

Miguel Vargas

ÍNDICE

Poética

Introducción.....	3
La cuestión.....	3
El libro.....	18
Los cuentos.....	19
Conclusión.....	27
Bibliografía.....	32

Libro de cuentos

Mi diario.....	34
Mi estrella favorita.....	47
30 de abril.....	51
Olivos en el paraíso.....	53
Simón.....	60
El Mate loco.....	69
Barbarie I.....	77
El tercer disparo.....	91
¡101!.....	102

Como estudiante universitario, a lo largo de mi vida académica he ido adquiriendo las herramientas que me permitirán interpretar mi condición como humano, descubrir y posesionarme de saberes con visión profunda de la realidad y asumir, bajo las características particulares del conocimiento adquirido, la formación que me permitirá conducirme, respetando siempre a los demás, hacia los fines que persigo, porque en mi conclusión académica se encuentra mi propuesta profesional.

La cuestión

La atmósfera que forma el novelista, los escenarios que prefiere, las tintas que elige y los tipos que maneja forman su propia estética. Y es su estética lo que manifiesta su actitud ante la vida y el mundo.
José Revueltas

Así como Revueltas define la actitud del novelista a partir de su estética, el cuentista, para mí, crea instantes en el pensamiento que busca interpretar con el discurso literario, de lo que vive, de lo que observa, de lo que sucede en su entorno expresando de manera directa y precisa su posición ante la realidad para dar origen a un texto que detone algo especial; algo que produzca expectación, la inquietud necesaria para hurgar en la vida cotidiana y en todo aquello que se busca recrear a través del discurso literario. La narración en el cuento debe concebir ese algo especial que producirá en el lector: un dilema.

El cuento, en su descripción más sencilla, es una narración breve desarrollada a partir de hechos imaginarios que bien se recortan de la realidad o son populares. Su organización textual comprende: inicio, conflicto, clímax, desenlace. Es breve, con limitado número de personajes, hechos entrelazados y acciones que destacan al personaje principal recreadas en situaciones

descritas en espacio y tiempo. Es sostenido por una trama. Produce un efecto inmediato, causa un dilema.

El cuento es un testimonio que no se escribe dos veces, es particular, autónomo e irrepetible. Se perpetúa en el tiempo. El cuento establece vínculos con los significados inmersos en el lector y a partir de ellos crea nuevos significados que se reformulan. Produce efectos. El efecto, en tal situación, se convierte en una provocación que el lector reconoce al percibir un dilema que se presenta. De tal manera que el efecto producido para crear una duda deberá producir una alteración en el pensamiento del lector. “El cuento se caracteriza porque en él, mediante el desarrollo de una sucesión de acciones interrelacionadas lógicamente y temporalmente, la situación en que inicialmente aparecen los protagonistas es objeto de una *transformación*”.¹

El dilema entonces incide en la relación escritor-lector, porque provoca una abstracción en este para analizar la realidad, la vida cotidiana, su posición frente al mundo que vive, su compromiso social (desde la individualidad, desde el colectivo), sus aspiraciones en el intercambio de experiencias, de actitudes, que lo conduzcan al encuentro con la razón que provoque una metamorfosis de fondo, permanente y posible, de los nuevos significados que propicien desde lo cotidiano un equilibrio sostenible y sustentable de la realidad de un mundo por venir sobre todo, y en especial, para las generaciones juveniles, infantiles y venideras.

El dilema pone al lector en situación de duda, debatiéndose entre dos alternativas. Y así espero que, efectivamente, la situación final en las narraciones que presento, precedida de las alteraciones y de los cambios pertinentes que modificaron esas acciones en la transición histórica de los protagonistas, acrecente las posibilidades de detonar un efecto y su significado. Espero también, que la temática obtenga como resultado la congruencia necesaria entre la teoría y

¹ Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, Editorial Porrúa, séptima edición, México, 1995, pág. 129.

práctica literaria que me permita continuar propiamente con la idea de escribir lo que mi pensamiento observa e imagina de la realidad con mucho más expectación y búsqueda a través de la ficción.

Teresa Dey en su libro “Las estrategias de Caperucita”, enuncia: “Si queremos ser cuentistas, necesitamos desarrollar el oficio, no solamente a partir de la anécdota, sino aprender a mostrar en imágenes expuestas a través de un lenguaje eficaz esa rendija de la condición humana que atrape al lector y enriquezca su experiencia. (...) hasta domar la palabra y convertirla en cuento.”²

A partir de esta premisa, aplicando los conocimientos académicos y teóricos adquiridos al cursar la Licenciatura en Creación Literaria que se imparte en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, es que escribo *Olivos en el paraíso*, libro de cuentos en el que el hilo conductor de la temática es la vida cotidiana que genera día con día un síntoma de descomposición social cada vez más compulsivo en la realidad que vivimos. La percepción que tengo de esta cotidianeidad, el contexto en el que me desenvuelvo, es lo que me ha llevado a estructurar, basándome en la lectura de textos del género, el enfoque que le he dado al tema particular de cada uno de los cuentos que presento; y a partir de la estructura, formulé la conclusión de mi trabajo: ficciones que muestran la particularidad que evoco, y que, como toda creación, pretenden generar un efecto y la relación de correspondencia de ese efecto con el mundo real.

La literatura como arte tiene numerosas manifestaciones con las cuales reproduce un efecto estético en el discurso, el uso de las palabras relaciona al lector con el contexto. Le da

² Tere Dey, *Las estrategias de Caperucita*, UACM, en prensa.

motivos para hablar. La experiencia es intimista pero, al mismo tiempo, el discurso literario es social, genera en sus contenidos formas de reflexionar. La literatura es arte. El arte como expresión artística busca desarrollar la sensibilidad en el ser humano –en todos, no en unos cuantos– para comprender de otra manera los aspectos fundamentales que componen su mundo y desde dónde, y cómo está parado en ese mundo. La expresión artística coadyuva en el desenvolvimiento de hombres y mujeres con capacidad de reflexión sobre sí mismos para ser críticos y comprometidos ante una sociedad que busque en su futuro la transformación ética de la condición humana, asumiéndose sensibles para observar, para interpretar y para comprender la importancia de los valores humanos. La literatura es un medio esencial para tomar posición frente a los valores de la sociedad a partir de la misma posición, no condición, y alcanzar el desarrollo pleno en las distintas formas de vida, proponer un ser humano capaz de ejercer el derecho a lo justo, a lo equitativo por propio esfuerzo, a ser consciente de la importancia de construir un futuro que no sea incierto para las generaciones que aún no lo enfrentan y que empiezan a sentir el peso de la realidad.

Leer puede ser algo que nos transforme, que nos puede colocar frente al espejo para mostrar cómo somos. Leer, en ese caso, deja de ser un pasatiempo, un mecanismo de evasión de la realidad, un conocer otros mundos sin conocer lo nuestro. El encuentro con un texto literario se dirige concretamente a nuestra subjetividad. Al desplazar los sentimientos por las líneas de un texto vamos dando rienda suelta a la imaginación, que es la que nos traslada a otros momentos de hechos fantásticos, maravillosos, reales, por medio de la ficción. Si este desplazamiento produce una relación íntima entre lo que se lee y la subjetividad, estamos ejerciendo una provocación en el lector y la subjetividad puede volverse activa para reflexionar sobre lo que nos pasa. La transformación implicaría leer para “escuchar” lo que dice el texto, porque la escucha es entrar en

el otro para comprender, y en ese sentido no se quedaría en el lector la interpretación del mismo, sino que se produciría la acción que desencadenaría el haber escuchado para resolver el dilema que el texto nos produce. Estamos percibiendo de esa manera un efecto que nos llevaría a producir otro. Maurice Blanchot, escritor, crítico literario e intelectual francés escribió: lo que más amenaza la lectura es la realidad del lector, su personalidad, su inmodestia, su manera encarnizada de querer seguir siendo él mismo frente a lo que lee, de querer ser un hombre que sabe en general.³ ¿Cuál sería el interés principal de mi propuesta?: enfrentar al lector a un dilema.

Por ejemplo, José Revueltas, escritor mexicano, decía que su perfil como autor y pensador era de un humor oscuro que pretendía revelar una verdad cruda. Entre sus líneas se revela el uso de la palabra justa, evocadora, inquietante: la palabra que penetra la realidad y la explora en sus zonas más laberínticas y profundas. La pasión literaria de Revueltas como escritor era atraer las zonas más profundas del pensamiento del hombre a un mundo en pugna que pone de manifiesto la vulnerable condición humana frente a la miseria, así como el efecto que recibimos al enfrentar el dilema de nuestra condición y existencia como humanos.⁴ Su obra se caracterizó por el testimonio y la crítica al presente que vivía y a las instituciones. Usaba la realidad como discurso para mostrar el enfrentamiento entre sus personajes, en los cuales la actitud de cada uno se vislumbraba individualista. La importancia que le daba al tema de las relaciones sociales la mostró también a partir de la creación de situaciones complejas en espacios de reflexión a través de los cuales planteaba explícitamente sus preocupaciones en un tono provocador: “Había cesado la lluvia, en efecto. Sí. Pero aquello no había sido el llanto de los hombres arrepentidos de sus

³ Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura estudios sobre literatura y formación*, FCE, México, 2003, pág. 30

⁴Xavier Corro Tapia, *Pensamiento filosófico en México*, “Archivos de la categoría José Revueltas”, <http://pensamientofilosoficoenmexico.wordpress.com/category/jose-revueltas/>, 25/06/2013

pecados, sino una lluvia real, atroz, desoladora.”⁵ Cuál era la consecuencia dada en los actos de los hombres: la realidad atroz y desoladora. Su visión de mundo lo llevó a crear atmósferas opresivas. La inestabilidad política lo llevó a observar y crear ficciones del bajo mundo en el que habitaban maleantes, alcohólicos, asesinos, prostitutas. Revueltas fue directo con sus narraciones a producir un efecto más allá del texto: la preocupación.

Otro escritor que considero comprometido con la transformación ética que mencionamos es Rubem Fonseca, autor brasileño, que se destaca por su gran aporte en el género policíaco; en el discurso que ostenta, se observan propósitos de crítica social hacia la enajenación y el desquiciamiento del individuo⁶.

No nos puede ser ajeno que un narrador latinoamericano proponga un pronunciamiento en contra de la política de Estado y sus consecuencias sociales a través de su discurso literario. ¿Cuáles son esas consecuencias? ¿Qué reproducen esas consecuencias? ¿A quiénes afectan esas consecuencias? ¿Cuál es el sentido de la llamada de alerta en su narrativa? Fonseca mira la descomposición social de su país y crea ambientes de violencia e inseguridad, de prostitución; describe a sus personajes: asesinos, violadores, corruptos, que miran la vida sin alteraciones, les es tan simple matar como dormir: “Puf. Creo que murió del primer tiro. Pero le aticé dos más sólo para oír puf, puf”.⁷ El trastorno en la mente y en el comportamiento de sus personajes llega a

⁵ Revueltas, José, *José Revueltas, La palabra sagrada, Antología*, “El hijo tonto”, Bolsillo Era, México, 2011, pág.127.

⁶ Javier Aparico Maydeu, *Letras libres*, Letrillas, “Sobre el arte de Rubem Fonseca”, <http://www.lettraslibres.com/revista/letrillas/el-gran-arte-de-rubem-fonseca>, 25/06/2013.

⁷ Fonseca, Rubem, *eliasalfonso.es*, “El Cobrador”, 1979, <http://eliasalfonso.es/?p=568>, 11/07/2013.

tal grado que es evidente que son estructurados para demostrar la pérdida de valores. “Sus fines no se proponen descubrir al asesino. Su hazaña literaria es descubrir la condición humana.”⁸

En consecuencia, el género literario que me facilitó la forma más directa de dialogar con el lector queriendo alcanzar un propósito ético y estético, inspirado por los autores mencionados, es el cuento. Así como Julio Cortázar asentó: “la novela gana siempre por puntos, mientras que el cuento debe ganar por knock-out”, mi intención de abrazar el cuento como modo de expresión fue primordialmente por la brevedad del discurso, el acto de reproducir hechos y sus consecuencias, los indicios son vitales en el argumento, todo se centra en una acción que repercute en el personaje central, y el efecto que produce su lectura es de principio a fin, en un solo instante. Mi reto fue construir ficciones que, a partir de un tema específico, produjeran un efecto en el lector que lo llevara a observar la realidad y resignificarla.

“Cuando la realidad supera a la ficción, es preferible que la ficción nos haga olvidar la realidad, en lugar de recordárnosla más todavía”,⁹ escribió Natalia Marcos, pero en este caso, mi enunciación es todo lo contrario: el propósito de mis cuentos es favorecer la percepción de la realidad a través de la ficción. Fijar la atención el punto medular de las ficciones con la realidad para no dejar de lado los factores, en la vida real, que los provocan: las instituciones, el ambiente, la educación, la cultura, la economía. La vida cotidiana muestra la complejidad de la condición humana al convertirnos de facto en seres predeterminados por la existencia, recordándonos en todo momento los roles que jugamos en los distintos ámbitos en los que nos desenvolvemos, o, sencillamente, en los que se nos ha impuesto. ¿Las instituciones han

⁸ Alberto Cabezas, *La Prensa Literaria*, Rubem Fonseca, maestro de la novela negra, <http://archivo.laprensa.com.ni/archivo/2004/enero/03/literaria/ensayos>, /12/07/2013.

⁹ Natalia Marcos, *El País*, Cultura, “Cuando la realidad supera y altera la ficción”, 22 de abril de 2013, <http://blogs.elpais.com/quinta-temporada/2013/04/cuando-realidad-supera-y-altera-ficcion.html>, 27/06/2013.

alcanzado un punto de equilibrio en el que ya no hay miserables?, ¿Podría desaparecer de la naturaleza humana todo aquello que provoque mezquindad? Por esta razón, al considerar que la etapa adulta en el ser humano no hay interés por el desarrollo cualitativo de la juventud y la infancia, es que los personajes protagónicos de las narraciones son, en su mayoría, niños y adolescentes, que representan para mí, una generación incierta, con incertidumbre sobre su futuro.

En la presentación de cada uno de los personajes infantiles y juveniles se muestra su indefensión. Marco, Poncho, Belén, Simón, Ana, no son personajes víctima, son resultado de una crisis existencial, emocional, en la que se demuestran los vicios adquiridos por generaciones. El narrador omnisciente los retrata objetivamente: su edad aproximada, sus características físicas, su comportamiento. Ninguno muestra una actitud sombría, mucho menos negativa frente a la vida, frente a las situaciones que se les presentan. Por el contrario, como no han alcanzado en esta etapa la madurez, y su vida sentimental se vuelve intensa al generar preocupaciones sobre el futuro, sobre los valores, es que muestran su inocencia, pero no significa que sean ingenuos, sino positivos frente a la vida. Al mismo tiempo, su inocencia desconoce la precaución para cuidar la integridad de su persona, o para exigir del mundo adulto la tranquilidad que se están perdiendo. Es una inocencia que no responde a las agresiones que reciben porque no las miran. Cada uno de ellos, de alguna manera, deja ver su interior, su incipiente personalidad que es vulnerada por los factores mencionados. Marco, en “Mi estrella favorita”, es un adolescente que pretende ser un gran jugador; Poncho, en “30 de abril”, muestra la disposición del nuevo orden de las cosas; Belén, en “Olivos en el paraíso”, juega con la fantasía de que habita en un paraíso sin diferencias; Simón, en “Simón”, trata de encontrar algo significativo para hacer con su vida; Ana, la más juvenil de los protagonistas, en “El mate del loco”, va curioseando situaciones

propias de la edad que empieza a descubrir por sí misma. En todos ellos lo que impera es la simpleza no la ingenuidad. En el caso de los cuentos “Barbarie” y “Homicidio doloso”, los protagonistas: Pablo, el “Cheto” y Arsenia, ya son jóvenes que aceptan las condiciones de vida aceptan sus patrones de conducta del entorno: el “Bolas”, Darío, Alma, Fernanda, Jorge y Nicolás, en esa transición que termina por definir su proceder; y en el último cuento, “Callejón sin salida”, dada la vulnerabilidad de los infantes, las acciones adquiridas por los jóvenes en perjuicio de sí mismos, David es un personaje que propone una introspección después de cegar una vida humana, que lo lleva a reconocer su error hasta encontrar una posible salida a su situación emocional. En estos últimos, ya está inmersa la pérdida de valores, la manifestación de la violencia, el enfrentamiento. El ambiente social en las ficciones, como en la realidad es el mismo en muchos lugares va repercutiendo, haciendo mella en la formación del individuo, en su identidad y por ende, en las relaciones humanas.

Aunque muchos de nosotros consideremos que la vida nos ha permitido estar en una burbuja donde no pasa nada, donde hemos adquirido una identidad competitiva, no podemos sentirnos ajenos a la realidad, de la que también somos cómplices. Esta época, en especial, cuando somos vulnerables por la inseguridad y la violencia que permean en sectores de bajos recursos económicos, las condiciones de vida desencadenan efectos en los grupos familiares como disgregación y la propia denigración de la condición humana.

Y es que es evidente que la vida cotidiana siendo tan compleja, nos más indiferentes, ajenos a la realidad. Por ello, la reflexión sobre el comportamiento humano, la crisis social y un futuro posible, debe ocuparnos a todos desde nuestra pequeña tormenta. Y es esta la que me permite, con el discurso literario, abordar el tema que me interesa discutir: la desigualdad social,

el desamparo, la violencia, la pérdida de vínculos generacionales, el futuro incierto que se vislumbra en la vida de niños y jóvenes, que en especial, es a quienes dedico este trabajo.

En un artículo que leí de Marcos Kaplan: "Nueva violencia latinoamericana: las dictaduras del cono sur" publicado hace quince años de hechos sociales que acontecieron hace más de treinta años, señala:

La disolución social se manifiesta como debilitamiento, disgregación, comienzo de la destrucción de grupos y tejidos sociales. (...) Estos grupos sufren la baja del empleo, el ingreso, el consumo, los servicios públicos, las infraestructuras, los satisfactores de las necesidades básicas, las carencias múltiples, el cierre virtualmente definitivo de las posibilidades de existencia y progreso, la generalización de la pobreza y la miseria. Ello lleva consigo la caída en la impotencia, la apatía, la marginalización, la desorganización social (prostitución, alcoholismo, drogadicción), la búsqueda de la supervivencia en las criminalidades proliferantes, la inseguridad y la violencia. Con los fragmentos o desechos provenientes de la disgregación de las clases medias y populares se va constituyendo una subclase o no clase, de parias, una población redundante. Esta se desplaza, de la economía legal y la sociedad formalizada, a la economía informal y criminal y a la sociabilidad periférica, y a la migración internacional.¹⁰

Aquí, en nuestro país (2013), hemos permanecido (casi un siglo) bajo el régimen de “la dictadura perfecta” y este artículo, coincide con la realidad que estamos viviendo. El análisis de la problemática social que hace del cono sur está en nuestro espacio ahora, es lo vivimos hoy en día sin contar con posibilidades para encontrar alternativas, formas de equilibrio para construir una relación social que nos permita ejercer el derecho a decidir ¿Qué hemos alcanzado? ¿Cómo nos hemos fortalecido?

¹⁰ Kaplan, Marcos, *Nueva violencia latinoamericana: las dictaduras del cono sur*, <http://ru.ffyl.unam.mx:8080/xmlui/handle/10391/1866?show=full>, [05_EMV_ASV_1998_Kaplan_Marcos_69_92.pdf](#), pág. 23, 29/06/2013.

Pudiera decirse que esta es una postura exagerada de la mirada sobre la realidad como si la vida cotidiana estuviera pintada sólo con esos matices. Parafraseando a José Revueltas: el color se distingue en la superficie, el matiz se encuentra en el fondo. Para mí, estos matices son tan profundos que deben provocar, desde la subjetividad, emoción, sensibilidad, reflexión, para cuestionar los actos humanos desde cualquier ángulo, y la literatura no es la excepción. Es uno de los medios posibles para el enriquecimiento de los saberes por el cual se puede recrear el ambiente que produce la discriminación, la transgresión, para luego meditar sobre los aspectos que conforman la problemática social donde los personajes, infantes y jóvenes, son individuos que enfrentan un mundo que los derrota. Y es por esto que pretendo exponer ideas en la narración dedicadas a situaciones que lamentablemente se viven todos los días, y por medio del trabajo con la forma busco insertar mi intención crítica.

Aunado a esto, aludo a la vida misma —la actitud que tengo frente a ella— el reconocimiento que tengo de aquellas personas, que desde sus ámbitos de acción, en todas las épocas, en todos los momentos dedicados para estudiar la complejidad humana, han dado testimonio de su lucha por denunciar los errores en la no menos compleja existencia. Ellos con su labor incansable han ido depositando en una persona tan común como yo, el ser en todos los espacios íntegro y responsable para con los demás sin necesidad de ser más que un simple mortal. Por esto mismo, ahora que me encuentro frente a la pantalla digital, y un teclado ansioso en espera permanente, descubriendo en el discurso literario otra herramienta para laborar, deseo mencionar que de los ejemplos a seguir de la vasta obra de José Revueltas y Rubem Fonseca, en la que su propuesta narrativa fue construida a partir de la relación adultos-niños y la relación entre jóvenes, es que expongo el tema que me atrae. Como ellos, busqué crear esa atmósfera de introspección en la que el lector se encontrara frente aquello que pudiera hacer o aquello que

sintiera que debería hacer, pero que definitivamente, el lector no podía seguir siendo el mismo frente a lo que lee. Tales modelos de narración: “La hermana enemiga” (1947), de José Revueltas y “Joana” de Rubem Fonseca, están estrechamente ligados al contenido de este libro.

El primero, publicado por primera vez en la *Revista Mexicana*, suplemento del periódico El Nacional¹¹, denuncia la crueldad a partir de la relación entre dos medias hermanas donde la mayor, en complicidad con la madrastra y el padre, desencadena en el futuro de la hermana menor su muerte. El autor no abunda en la descripción de los personajes pero sí ofrece un retrato psicológico de la personalidad de la hermana mayor que contrasta con la fragilidad de la menor. Crea la atmósfera de una familia disfuncional y describe a partir de adjetivos oximorónicos: “trance inaudito”, “subterránea e inesperada religión” “misterioso milagro del rencor”¹², las situaciones complejas que le dan vida a la trama: el desamparo, la pérdida de vínculos familiares, la pederastia (el sacerdote y la religión), como rasgos permanentes del comportamiento humano.

El segundo es un cuento donde el autor resalta en el protagonista el cinismo, la impunidad, la falta de valores humanos para segar la vida de una joven a partir del engaño y el abuso. La narración, desde la religiosidad, describe el asedio de un joven por las mujeres bonitas y el pecado que lleva cargando por no amar a una mujer fea. Esto lo conduce a perseguir el perdón de Dios hasta alcanzarlo dando muerte a Joana, después de haberla cortejado y seducido. Procaz, el cuento concluye con la solicitud del perdón inmediato. La realidad que describe Rubem Fonseca en su prosa está cercada por la violencia y se vive en cualquier parte del mundo.

¹¹ José Revueltas, *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento de El Nacional, “La hermana enemiga”, número 3, 20/04/1947, pp. 8-9, <http://espartaco.azc.uam.mx/UAM/TyV/22/222535.pdf>, 29/06/2013.

¹² José Revueltas, *Dormir en la tierra*, Obras completas 9, Ediciones Era, México 1997, p. 67

En ese sentido, las narraciones descritas de los autores mencionados se acercan a la que es mi mayor preocupación: los jóvenes e infantes. En los cuentos descubrí estrategias en las que, primero como lector, encontré escenas que me permitieron afirmar detalles de mi realidad, cuestionar desde mi postura las transgresiones en el ser humano, ¿por qué eran ejecutadas?, cuál era su origen, el conflicto social y su relación con estos actos, y esto (como antecedente) me llevó a afirmar que mi interés por su lectura estaba más allá de la misma. Después, a partir del proceso académico, encontré las herramientas y un sinfín de posibilidades para crear en los cuentos un efecto que provocara un dilema en el lector.

Al leer el cuento de José Revueltas visualicé su propuesta revolucionaria (era su lucha constante). Analicé que atraer al lector por medio de ficciones que representaban aspectos negativos de la realidad, era el efecto que quería provocar. También descubrí que desnudaba la conducta humana, destacaba el empobrecimiento social, optaba por jugar con su estructura al incluir el monólogo interior, la retrospectión, la complejidad psicológica en sus personajes. A través de su discurso iba favoreciendo el efecto que le perseguía: la preocupación. En los personajes sobresalían sus características psicológicas para definir el comportamiento: no hay víctimas ni victimarios, hay un ambiente de vulnerabilidad; en la ambientación de los cuentos se reconoce la decadencia humana favorecida por el contexto urbano a causa de su mayor preocupación: el capitalismo. La preocupación por mostrar el devenir de las relaciones sociales llevaba a Revueltas al planteamiento de situaciones complejas que exigían, a su vez, un lenguaje preciso y exhaustivo:

La mujer hizo un movimiento inexpresivo, casi nada más animal. En el cuarto de junto los pies de la niña colgaban a medio metro del suelo, pendiente su frágil cuerpo del negro lazo, del negro buitre.

Como un ciego que no acertara a orientarse, la madre pasó la mano por encima de los cabellos de su hija. Intentó luego decir algunas palabras de cariño, pero un sollozo la estremeció:

–Ruégale a Dios –pudo apenas balbucir– que te conserve inocente y pura como hasta ahora lo has sido, hija mía.¹³

La caracterización fue la respuesta a un hecho: desde el principio, la escritura de Revueltas apuntó a testimoniar, reconocer y criticar su tiempo.

En “Joana”, de Rubem Fonseca, el autor va inmediatamente al tema: la transgresión con un estilo duro, cruel y cínico en el lenguaje de su personaje nos deja en qué pensar por su contenido ¿hasta dónde, el ser humano se ha deshumanizado? Como si enumerara, descompone en la narración paso a paso la vileza en la condición humana y de las instituciones a las que alude. Las acciones descritas por el narrador le dan a la trama una particularidad detectivesca. A través del monólogo obliga al lector a analizar el carácter del personaje donde reitera la deshumanización:

Señor cura, dije, discúlpeme, pero leí en Tomás de Aquino que los pecados capitales son la vanidad, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula y la acedia... ¿Acedia? Cuando leí esa palabra, señor cura, tuve que consultar en el diccionario para descubrir que era pereza.

Me reí al decir aquello, pero del otro lado no obtuve respuesta. Inquieto por el silencio del reverendo me olvidé de Tomás de Aquino. Permanecimos los dos callados, parecía cosa de locos.

Rompí el silencio. Señor cura, ¿el hecho de que solo me gusten las mujeres bonitas no es un indicio de lujuria?

Tal vez, dijo el cura; y creí oír un leve suspiro que venía de su cubículo.¹⁴

Ambos cuentos, sin haber alcanzado ni remotamente la comprensión plena del espectro literario y social de los autores, me permitieron afirmar que las narraciones que presento en este

¹³Revueltas, José, La Palabra sagrada, Antología, Bolsillo Era, México, 2011, pág 184. .

¹⁴Fonseca Rubem, A qué palo te arrimas, <http://estoespurocuento.wordpress.com/cuento/2013/09/07>.

libro tienen una misma constante: el ambiente urbano como medio central de las situaciones, que en algunas, donde las condiciones sociales y económicas en las que se desenvuelven los personajes, son un factor determinante de vulnerabilidad y marginación, y en otras, que a pesar de la tranquilidad y de la seguridad económica que se les describe, implica que la pérdida de los valores humanos se vuelva significativa. Las características psicológicas de los personajes, la tensión dramática que se define con un final siempre adverso, y los finales, tanto en la realidad como en la ficción, son el resultado de las situaciones, y por último, la fragilidad que cada protagonista infantil y joven conlleva en la personalidad elaborada, trasluciéndose una inocencia plena o el escenario de una presa acorralada.

El libro

Un día, al ir caminando por las calles de la colonia San Lorenzo Tezonco en Iztapalapa DF, donde se asienta la universidad (UACM), di la vuelta en una esquina, en ese entronque inicia o termina una calle pequeña de tan solo una cuadra de largo. Su nombre: Salvador Novo. Por un instante me detuve para contemplar el escenario: enormes árboles de olivo saturaban el espacio formando arcos que le cerraban el paso a la luz de día. En el resto de la pequeñísima vía múltiples colores naturales complementaban su adorno. Me impactó. ¿Un pequeño paraíso en una zona marginada? A partir de esa imagen se originó la historia del cuento que le da nombre al libro. Y en el libro se han sembrado olivos.

En ese callejón crecieron olivos cuyas semillas alguien, hace muchísimos años, cultivó para ver con el tiempo un árbol de tronco pequeño, pero con una copa ancha y ramosa que se elevara gigantesco. La comunidad, quizá, estaba segura de que, si los dejaban crecer las siguientes generaciones, sí llegarían a ser grandes, fuertes y hermosos, dignos de ese lugar que se

embellecería con sus hojas verdes, lustrosas y blanquecinas por el envés, sus flores blancas y pequeñas y con aceitunas como fruto. Había que tener paciencia, esperar que no fueran derribados por alguien, o por la modernidad, o por desprecio a la naturaleza misma. Un olivo es todo eso. Los olivos de la calle Salvador Novo crecieron hasta convertirse en adultos ¿Gozaron de indulgencia para no ser depredados?

Si sabemos que la semilla de un árbol de olivo puede tardar hasta un año para germinar y el árbol no puede fructificar hasta su segundo o tercer año, y que para asegurar el éxito en la germinación de la semilla se debe obtener de un olivo fresco y proporcionarle un clima cálido y seco, tendremos un árbol muy resistente, y que si le dan los cuidados adecuados, brindará cosechas abundantes durante décadas. Entonces será un árbol de gran envergadura, persistente, admirable como todo en la naturaleza. Un paraíso puede ser una utopía. Su significado original hace referencia a un jardín extenso y bien arreglado, que se presenta como un lugar bello y agradable.

Lo que no puede ser bello, en relación al desarrollo de la humanidad, ni agradable, es vivir en un ambiente hostil para las semillas humanas a la que a cada momento, les es negado crecer libres. No se pueden producir seres en la ignominia. No se puede vivir en permanente riesgo, en constante provocación. No se puede segar la vida humana.

Los cuentos

“Mi diario”

La estructura de la narración tiene como base la práctica de la escritura íntima que tiende a lo subjetivo para mostrar los pensamientos y los sentimientos del protagonista, que se aparta del mundo externo para reflexionar, expresar sus dudas, sus miedos. El desarrollo del texto se

desdobra, también, en una segunda propuesta: ser el índice del libro. Es, de alguna manera, en la enunciación de los temas, una sinopsis incluida de las narraciones que le siguen.

Se formuló una propuesta híbrida en la que se aprovecha la forma del subgénero diario; en este caso, el diario de David, un joven universitario, para intercalar la lectura privada de su vida cotidiana con guiños que señalarán momentos álgidos en las situaciones de los personajes de los subsecuentes relatos, independientemente del registro y descripción de sus actividades, así como de la catarsis de sus emociones. El diario, desde el punto de vista morfológico, es una construcción literaria que permite indagar sobre cuestiones personales para reflexionar sobre actitudes del pensamiento en el que la introspección puede llevar a un estado de conciencia que permita recapitular situaciones que afectan desde la observación hasta el involucramiento. Por lo mismo, “Mi diario” como primer ejercicio se convirtió en una posibilidad amplia para desarrollar cualquier estrategia del discurso: descripción, enunciación, enumeración, cita textual, monólogos, diálogos, silogismos, etcétera. De manera alterna se convierte en metaficción por tocar distintos temas relacionados con la literatura. El texto me dio la oportunidad de experimentar con las estrategias del discurso. Pude trabajar a partir de la ironía, del suspenso, de la metáfora, del género policiaco, para velar, en las reflexiones de David, la importancia de analizar situaciones de la vida cotidiana. La escritura del diario funcionó también para desinhibir mi forma de escribir, y dio pie para contextualizar la relación que guarda la literatura frente a los hechos que agravan la realidad que vivimos.

Un escritor tiene la opción de plantear en su propuesta los males que nos aquejan, formular la reflexión, propiciar un diálogo permanente con y entre sus lectores para compartir e intercambiar ideas que lleven a la transformación de la realidad convirtiéndonos en lectores

críticos, congruentes y propositivos. Un escritor puede contribuir con su estética a la recuperación de los valores a través de la condición humana.

“Mi estrella favorita”

El título, como un indicador, connota admiración, reconocimiento, predilección, amor por alguien o por algo al que se le tiene admiración por lo que representa. En la vuelta de tuerca, el desenlace no afirma esto sino que lo destruye. Marcos, el protagonista, joven adolescente, describe en primera persona las cualidades físicas y humanas las emociones que le reproduce desde su interior un joven adulto, Arturo, al que admira como jugador en el baloncesto y que desea imitar. Usando como base la técnica del monólogo, se afirma esa convicción. También se introduce un guiño para significar que la magnificencia cae en estrépito. La narración, envuelta en una atmósfera de incertidumbre, al final, devela la verdadera identidad de Arturo que, con el objetivo de obtener un beneficio personal transgrede el concepto que de él se tiene.

“30 de abril”

Una sola escena: un instante. una anécdota crucial de descripción breve, en la que se pierde todo en un segundo. La brevedad del cuento es sinónimo del suceso. En él describe la efervescencia de los movimientos sociales y la confrontación sistemática del poder: la represión. En ella, Poncho, el personaje principal de seis años de edad, que nada tiene que ver con los hechos de violencia ni el otro personaje de la historia, su madre, que se muestra ajena a la situación confrontante de la manifestación, sufren las consecuencias. En el final abierto de la breve narración, el niño desaparece. La indiferencia y complicidad de los medios de comunicación se aborda de manera irónica en el último párrafo.

“Olivos en el paraíso”

Da su nombre al libro; en él se estructuran diferentes recursos literarios para enfatizar momentos en la historia de los personajes principales: Sofía, madre de Belén, y Belén, una pequeña de ocho años. El cuento en una primera parte describe en proporciones maravillosas un mundo que Belén advierte como suyo, envolviendo al personaje en un reino de fantasía en el que cada tropo empleado cristaliza la felicidad de la protagonista infantil. En otro momento, trabajado en contraste (blanco o negro, arriba o abajo) se muestra con el mismo procedimiento retórico, la pobreza, la marginación, la infamia, y, paradójicamente, la primera descripción textual sucumbe ante la segunda para dar un guiño primigenio de temor, de inseguridad, de violencia. En un tercer momento se emplea una retrospectiva para justificar ese temor y devolver al presente de Sofía la preocupación por su hija: puede suceder con Belén lo que sucedió con Camila. El clímax de la historia llega con la desaparición de Belén al salir de clases afuera del plantel. El cuento contiene el mayor número de aspectos que me ha interesado recrear: la desigualdad social, la impunidad, el desamparo, la transgresión, la violencia, la desaparición de infantes, la pérdida de vínculos, la desintegración del conglomerado humano y un futuro incierto en las generaciones.

“Simón”

Presenta otra de las situaciones extremas que devastan la vida de un infante. Con una estrategia circular, el final aparece al principio de la narración y se desarrolla en la trama a partir de dos personajes: Simón, adolescente, y Don Filiberto, anciano de 70 años, que comparten, en tiempos paralelos, vidas similares de marginación, miseria, desamparo e inseguridad, sin relación familiar alguna. Se emplea retrospectiva para dar voz narradora a Don Filiberto, que manifiesta

el mismo principio de vulnerabilidad que miles de niños han sufrido por generaciones en nuestro país: ruptura de vínculos y desintegración familiar. En un espacio en el que se muestran todos los vicios, convergen la vileza y la desgracia ocasionada por otros seres (el Moco), que en igual de circunstancias, les toca provocar o padecer en un medio en el que impera la sobrevivencia a costa de los otros. Simón, en su interior no quiere seguir el rol que le ha tocado vivir, pero es avasallado por el contexto y sus fatales consecuencias.

A lo largo del cuento se estructura un doble discurso en paralelo empleando como estrategia el que Simón sueña todas las noches. Con ello se le da tratamiento al subconsciente para mostrar la ansiedad que tiene el adolescente por encontrar aquello que le de confianza, tranquilidad, seguridad en su vida.

“El Mate del loco”

Es una narración que describe analógicamente el abuso y la transgresión perpetrada a una joven estudiante por sus compañeros del bachillerato a partir de una jugada de jaque mate en el juego del ajedrez: el mate loco. La protagonista, Ana, es una joven que ingresa al primer semestre en el colegio, etapa por demás significativa en la madurez de una joven. Ana es perspicaz, congruente. La caracterización del personaje muestra consciente de sus actos y de sus actitudes frente a lo desconocido. Está decidida a descubrir nuevas experiencias propias de su edad. La trama muestra a la joven presa en medio de la selva. La analogía del Mate loco, en el juego del ajedrez recrea la trama y el desenlace de la historia: el mate más rápido posible en el ajedrez es conocido como el mate del loco. A diferencia de otros mates rápidos, el mate del loco se ve raramente hasta en los juegos entre principiantes. “Hay que estar verdaderamente mal de la

azotea para que te den mate en dos jugadas. Es el jaque mate más rápido que se puede dar”.¹⁵ A diferencia del mate del pastor, hay que ser muy descuidado para consentirlo. De hecho, exige una secuencia exacta de juego complaciente por parte del vencido; es lo que en el mundo del problema se llama "mate de ayuda": un jugador ayuda al otro a dar jaque mate. Obviamente, este jaque mate es fácil de evitar. Los movimientos de las blancas son malos; violan los principios básicos de la apertura y de controlar el centro del tablero y cuidar la seguridad del rey.¹⁶

En la narración el mundo que rodea a Ana es cómodo, lo que a ella le ha permitido desenvolverse con la seguridad que manifiesta en todas sus peripecias: la familia, el reconocimiento de los jóvenes estudiantes como excelente jugadora de baloncesto, la información intelectual que se describe, su popularidad, su carácter. También se muestra inquieta, curiosa, decidida a conocer formas de comportamiento ajenas hasta ese momento de su incipiente juventud. ¿Cayó en el error de ser confiada? ¿Provocó ser atacada? ¿Debió estar siempre alerta de no caer en situaciones de riesgo personal? ¿Temer a ser abusada?

En la narración se describen escenarios estudiantiles en el que se recrean acciones que giran alrededor del personaje en todo momento. En primera persona, Ana, hace una valoración que consideré significativa de la comparación entre el ambiente social de los años setenta y el del contexto actual. Con ello se crea un guiño del desenlace del cuento. Las acciones en “El Chess”, o la boca del lobo, es una analogía de la jugada que se describe al inicio.

¹⁵ El mate del loco, <http://www.ajedrezdeataque.com/02%20Partidas/Especiales/Mates/Loco.htm>, 08/07/2013

¹⁶ Ajedrez Utea, *Problemas del ajedrez*, <http://ajedrezutea.com/mate-del-loco-en-el-ajedrez>, 08/07/2013

“Barbarie I”

Es un relato construido a partir del género policiaco y de suspenso en el que se narran acciones ejecutadas en el pasado, recreadas en el presente aplicando puntos de vista en diferentes voces narradoras. La trama lleva a un grupo de jóvenes al descubrimiento de la violación de una jovencita, Arsenia, y un doble asesinato. El protagonista principal, Darío, solo es descrito a través de una persecución y búsqueda en el interior de un edificio, donde los habitantes del mismo, en un ejercicio de insinuación, parecen ser personajes del tiempo pasado de la historia.

La narración consta de siete apartados, mismos que se relacionan con los espacios dentro del edificio: los pisos, el departamento, la recámara, que al mismo tiempo van creando como estrategia el misterio, el suspenso, la indagación, el descubrimiento, excepto el primero, “Centro de la ciudad”, que es, en continuación del título, introductorio por medio de frases independientes para dar indicios del argumento del cuento. El resto de los apartados está dividido en dos momentos, ambos inician en los extremos para llegar al centro, el “Tercer piso”. El segundo momento es horizontal. Las acciones, resumiendo la investigación de las voces narradoras, se concretan en el departamento y después en la recámara.

“Un tercer disparo se oyó”

Narrado a dos voces en primera persona, se describen a manera de declaración, los hechos ocurridos a una joven que fue asesinada por arma de fuego en un fraccionamiento a media mañana de un día cualquiera en una ciudad cualquiera. El tono en las voces narrativas muestra la personalidad indolente y plena de sarcasmo de los personajes.

La estructura del cuento se centra en las características psicológicas de los personajes y el contexto. El tratamiento que se da al lenguaje coloquial que refleja el cinismo y la ausencia de

valores, así como la duda sobre la verdad y la violencia de género: ¿es necesario escuchar los motivos que originaron un asesinato? ¿Hasta dónde queremos ser “justos” después del hecho? ¿Cuál es el origen del cinismo y la ausencia de valores? ¿Es cultural la violencia contra las mujeres?

En la realidad, permanece la violación a los derechos humanos que se genera a partir de la individualidad, de experiencias familiares y sociales que producen el desencadenamiento de tales actos. Es el sentido superficial con que se tratan de resolver estos actos sin llegar de manera consciente al origen del problema, y desde luego, sin atacarlo.

“Callejón sin salida”

La narración está organizada a partir de un monólogo interior en el único personaje de la historia. Para ello, como estrategia en el discurso se emplea, en orden decreciente, la numeración de la calle, que al ir disminuyendo va acelerando en el personaje las sensaciones de acoso que provocan el flujo de su conciencia, desencaja sus emociones, hacen exponer su pensamiento más íntimo. De recurre a la aparición de imágenes e ideas sin control que brotan del inconsciente sin coherencia para ir reconstruyendo poco a poco, conforme va descendiendo la numeración en la calle, una acción violenta que infringe a alguien en su pasado inmediato hasta provocar una toma consciente del acto perpetrado, la necesidad de perdón, y la protección de quienes ejercen el respeto a las normas de convivencia.

La conclusión

Para escribir se necesita ser estudioso, conocer, aprender, ejercitar las formas de la expresión escrita, tener una opinión formal de lo que se quiere decir, aventurarse a hacerlo por una necesidad natural con la seguridad de querer decirlo; haber encontrado esa necesidad en los libros para seguir a quienes así lo han hecho y apreciar su estética. Indagar, investigar, comparar. No se puede escribir sin leer. No se puede alcanzar el hecho sin hacerlo. El escritor para mí, será el que quiere decir algo a través de la palabra escrita. Si la familia, los amigos, la comunidad lo leen ya cumplió el objetivo de decir. Sus valores serán de todos. El resto será transparente, solo el paso del tiempo le dirá entonces, cuánto, porqué, y hasta dónde ha llegado lo que ha escrito, porque aquellos que le han leído, algo le han de devolver.

Los olivos de este libro se han cosechado maduros, se han parapetado sigilosos desde mi pequeña tormenta para volverse testimonio de los escenarios que observo en la vida cotidiana. La cosecha de la tierra quiere decir, causar efecto. No todos los olivos resultaron consistentes, algunos se quedaron en el teclado para seguir madurando. Los que se abrazaron a la colecta pudieron salir garbosos para estar aquí, prestos al reto. Puestos para someterse al control de calidad: sensorial, para percibir sus características de apariencia. ¿A qué sabrán estos textos? ¿Qué sensaciones podrán provocar?; estructural, para medir su forma, su magnitud, su alcance ¿Qué fuerza tendrán? ¿Serán consistentes?; y expectante ¿Producirán efectos en el ánimo de los lectores?

En el prólogo de la compilación de cuentos *José Revueltas, La Palabra sagrada Antología*, José Agustín escribió que el autor “refleja la realidad con minuciosidad, desde adentro y desde afuera, y muchas veces la interpretaba desde el mismo texto, que se convertía así

en literatura de ideas.”¹⁷ ¡Cómo me gustaría que se lograra ese propósito en estos y otros muchos textos literarios con el afán de ser conversador respetuoso a través de la palabra escrita semejante a los ideales de personas como Revueltas! Por mi cabeza se mostraron, de una forma o de otras, imágenes con ese tema.

Olivos en el paraíso va dirigido a un público coincidente para interpretar desde su pequeña tormenta la tempestad en la que estamos inmersos y apreciar que desde la literatura se denuncien conflictos, que identifique preocupaciones que atañan a la sociedad en general, que contribuya a denunciar el monopolio del poder que carece de valores humanos para procurar equidad. Todos sabemos que “...es un monstruo grande y pisa fuerte...”¹⁸ y que debemos encontrar fórmulas para detenerlo. Esta es una prosa que intenta con la ficción contrarrestar la realidad para devolverla al paraíso. Deseo que cada quien, tan libre como es, tome esta obra entre sus manos para objetarla, para apreciarla, para rechazarla. Todo menos ignorarla, porque eso sería ser ajeno a lo que vivimos todos los días, independiente a su construcción literaria. Aunque también es cierto, y de respeto, la libre expresión en la literatura.

Estos nueve ejercicios son el resultado de una forma de plantarme en el espacio. Aunque a lo largo de mi vida me hayan tocado vientos ligeros, también he padecido tormentas, las he tocado, no soy ajeno. He sido afortunado de no estar en los extremos. De muchas maneras desde esa persona tan común que soy, he podido expresar a través de la pintura, del dibujo, de la escena teatral, de la música, en centros educativos y culturales, en parques y barrios, en zonas marginadas, sentimientos de solidaridad, de preocupación. Esos momentos me han dejado eso que he escrito en este libro.

¹⁷ Ibídem, pág. 10

¹⁸ Gioco, León, “Sólo le pido a Dios”, *Miusic Hall*, álbum discográfico “IV LP”, Rock folck rock, 1978.

Sólo espero que en verdad mi discurso tenga sustento literario para aprovechar las circunstancias y decir de otra manera. La Licenciatura en Creación Literaria me ha enseñado cómo llevarlos al papel; he sido en el aprendizaje de las formas, constante en el contenido, por lo que afirmo que provocar el dilema mencionado con el trabajo que presento, es ir tras las letras convencido de compartir los temas que provoquen a la realidad a partir de las formas de mi ficción. Me encuentro a la expectativa. Gano más que perder. Me gusta decir. A estas alturas del juego, lo esencial: hacerlo. Algo va a resultar, aunque solo sea en medio de mi pequeña tormenta.

Por lo tanto, me es grato decir, ahora que estoy cruzando el umbral del proceso académico, que inserto con satisfacción lo aprendido a mi experiencia de vida para seguir participando y colaborando teniendo como arma los principios del quehacer literario y las herramientas adquiridas, para sostener la mano levantada y discernir la diferencia que existe entre los olivos y las generaciones humanas, entre el paraíso y una realidad, con una forma, tan libre como un cuento de ver la literatura, a través de la Creación Literaria.

“La literatura tiene dos papeles: uno es el de dar testimonio de lo que está pasando y el otro es que es una forma de sensibilización” afirmó, José Emilio Pacheco¹⁹.

Reitero: gracias por lo hecho y por dar pie a todo lo que falta por aprender y hacer.

¹⁹ Bautista Virginia, José Emilio Pacheco un escritor total,
<http://www.excelsior.com.mx/expresiones/2014/01/27/940502>

Bibliografía

ARIZMENDI, Domínguez, Martha Elia, *Cada cuerpo una prisión en la obra de José Revueltas*, (en línea), http://www.uamex.mx/plin/colmena_69/Aguijon/Cada_Cuerpo_una_prisión_en_la_obra_de_José_Revueltas.pdf.

FOLLAÍN, de Figueiredo, Vera Lucia, (en línea), *Rubem Fonseca y la literatura urbana*, (en línea), http://www7.uc.cl/letras/html/6_publicaciones/pdf_revistas/taller/tl44_9.pdf.

LARROSA, Jorge, “Literatura, experiencia y formación, en *La experiencia de la lectura*, México, FCE, 2003, pág. 23-87.

MARTOS, Carrera, Marcos, *Reflexión sobre Rubem Fonseca*, (en línea), <http://revistas.concytec.gob.pe/pdf/letras/v/79n114/al6v79n114.pdf>.

PIMENTEL, Luz Aurora, “Mundo narrado IV, la perspectiva: un punto de vista sobre el mundo” en *Relato en perspectiva*, México, Siglo XXI, 2008, pág. 95-133.

REVUELTAS, José, *José Revueltas, La sagrada palabra, Antología*, México, Era, 2011.

ROJAS, García Beltrán, María Beatriz, *La forja de un artista en Bufo & Spallanzani, de Rubem Fonseca*, (en línea), http://www.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena_76/Aguijon/3_La-forja_de_un_artista.pdf.

RODRÍGUEZ, Adriana Azucena, "Sociología de la Literatura", en *Análisis de textos: teoría literaria*, México, Tuxtla Gutiérrez, COCyTECH/CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ARTE Y LA CULTURA-UNACH/UNACH, 2010, pág. 123-156.

RODRIGUEZ LOZANO, Miguel G., *Pistas del relato policial en México*, México, UNAM, 2008.

SAGANOGO, Brahimán, *Realidad y ficción: literatura y sociedad* (en línea), http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/estsoc/pdf/estsoc_7/estsoc07_53-70.pdf.

SANCHEZ, Valencia, Alejandra, *Dos cuentos de José Revueltas y la constante atmósfera de opresión*, (en línea), <http://espartaco.azc.uam.mx/UAM/TyV/22/222535.pdf>.

ZAVALA, Lauro, *Cómo estudiar el cuento: teoría, historia, análisis, enseñanza*, México, Trillas, 2009.

ZAVALA, Lauro, *Paseos por el cuento mexicano contemporáneo*, México, Nueva Imagen, 2004.

Diccionarios

BERISTÁIN, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, México, Porrúa, 1995.

Manuales.

CONDE, Rosina, *Manual crítico de estilo, Pautas para trabajos académicos de ciencias sociales y humanidades*, Academia de Creación Literaria, UACM, 2009.

Mi diario

13 de enero

Quiero escribir, este ejercicio puede ser interesante, no me aburre. Me gustaría tener imaginación para lograrlo. Observo muchos detalles de la vida cotidiana. Cuando una situación es significativa, pienso: me gustaría escribir eso que veo, intercalar ocurrencias, crear placer, risas. Finalmente, tiro la hoja, no puedo sostener la pluma.

21 de enero

Pensé que ya estaba decidido. Me arrepentí, me inquieta decir: no podré sostener la pluma. Ella es vital, se vierte en avalancha buscando caminos que le permitan llegar más lejos, seguir más abajo, hasta el fondo. Escarbar. No duda. La acaricio. Me agrada poseerla. El tiempo se hace corto escurriendo la tinta sobre el papel. Letra por letra, cada renglón, el significado que me da, es deambular por un sendero largo y azaroso.

28 de enero

Considero que no es prudente denunciar estas situaciones. Un diario es un libro abierto que puede ayudarle a un corazón destrozado, el mío. Bueno, ayer no era tanto. No me encuentro en tal extremo (¿o sí?). Si alguien lee esto, si es que esto llega a ser un depósito de reminiscencias, no será en vano el sacrificio de revelar motivos para ser burla inmediata de la historia de quien osa descubrirse. Mejor, no quiero. Fui a parar al parque. En la cancha de baloncesto estaba jugando Arturo. Qué ridículo botar una pelotita. Si esa pelotita fuera María,

entraría a la cancha a quitársela a mi amigo pero para patearla hasta el otro lado de mi vida. ¿Cuál sería la gracia de esa escena? Arturo se enojaría. No somos iguales. Estoy hartó.

4 de febrero

No entiendo por qué lo hago ¿servirá de algo? Para lo único que podría servir, sería para darme cuenta de que tengo que aprender a decir: quizá, para verme en el espejo o para hablar delante de un testigo. Prefiero fijar un rumbo ausente de todo. No estaría mal irme. ¿Qué tal Santa Cecilia Tepetlalpa?

Vi de lejos a María, otra vez estaba con ese cabrón. Yo tengo la culpa, desde que empezamos no me preocupé de ser para ella ¿y ahora? ¿La estoy perdiendo? María, mi María.

A través de la ventana, vi pasar a Arturo, Marco con iba él, y su baloncito, rumbo a la cancha. Patético.

17 de febrero

No estaría mal Santa Cecilia Tepetlalpa. Es un pueblo tranquilo. El 22 de noviembre pasado estuve ahí, era la fiesta de la patrona. Todas las familias la gozan. De todos lados, conforme íbamos cruzando por sus callejones, nos invitaban a pasar. Eran las 3 de la tarde, algunos cecilianos ya conocían a José. Cuando lo descubrieron le gritaron e incluso se acercaron a estrechar su mano, otros lo abrazaron. Los lugareños son amables, atentos y muy alegres. La casa a la que llegamos era de don Fabián. Un gran portón de madera, abierto de par en par, dejaba al descubierto la enorme mansión. Al cruzar la puerta escuchamos alegría, gozo pleno. Vimos el alborozo, algunas de las parejas zapateaban los acordes que una banda tocaba al fondo del patio.

Otros charlaban. Nosotros fuimos directo a las mesas, teníamos hambre, habíamos caminado cuesta arriba por la carretera nueva desde Nativitas, aproximadamente tres kilómetros de pendiente –y qué pendiente–. José se lleva muy bien con don Fabián, él nos presentó a toda su familia. Doña Chenchá, su esposa, Antonio, Pepe y Sofía, sus hijos. Qué bonita Sofía. Es una hermosa ceciliana.

23 de febrero

El año pasado, cuando se me ocurrió la idea de escribir, pensé en un diario, imaginé que me gustaría hacerlo y que sería fácil. Me equivoqué. Regreso del centro. Vine directamente a denunciar en el diario ¡No mames, güey! ¡Estoy furioso! ¿Por qué pasan esas cosas? Pobre señora, cómo sufría. Qué impresión. Una multitud fue reprimida por la policía, y yo, ahogándome en un vaso de agua. Infeliz. Si viviera esas cosas no estaría escribiendo estas tonterías. Ojalá haya encontrado a su hijo. Cuando él llegue a mi edad, seguramente será parte de la revolución. El país y yo somos gemelos.

24 de febrero

No sé nada de María. Una enorme corriente nos separa. Del otro lado del río, la miro sentada en la hierba, sé que me llama pero la veo jugando con la tierra. No puedo cruzar, el torrente es capaz de sepultarme en el fango o golpearme contra una roca. Tengo que esperar el sosiego de las aguas.

Cuando regresé de la universidad, vi el auto de ese cabrón estacionado afuera de su casa. Le hablé por teléfono, su mamá me dijo que no estaba, “¡Ay, David, yo le digo a María que te hable cuando llegue!” ¡Qué poca!

Me paré en un puesto de periódicos; quería saber qué había pasado en la manifestación: “Las vialidades se congestionaron” ¡Miserables!

28 de febrero

¿Le pasaría algo al niño? Su mamá gritaba desconsolada. Fui testigo de cómo la arrastraron varios metros. Infelices. Creo que lo peor que puede pasar es perder a un hijo. No publicaron nada los periódicos sobre ese día. Quisiera escribir que me duele ser egoísta. Los niños de esta época no pueden ser tan felices como lo fui yo, despreocupado, superficial, apático. Ahora es muy fácil desaparecer a un niño. Hoy lo vives. Pobre señora. De verdad, me causa pena. No pienso tener ni hijos.

5 de marzo

Han pasado poco más de diez semanas y apenas éste es el noveno día que escribo. Promedio: 0.9 días por semana. Con esta frecuencia no tengo un futuro muy prometedor que digamos. Voy a insistir. Quiero saber hasta dónde llego. Si de verdad pudiera escribir todo lo que pienso, todo lo que imagino, todo lo que veo alrededor, todas las formas de la vida limitada. No libre. Todo lo que me gusta, ¡uta!, no me alcanzarían los pliegos. Si escribiera lo que me duele la existencia se rompería en pedazos cada hoja. ¡Ni madres, eso nunca lo haré! Leí algo de Charles Bukowski, ¿qué onda? ¿El último escritor maldito? “La primera cosa que recuerdo es estar

debajo de algo”. Se me ocurrió que yo podía estar por debajo de la felicidad de todos. En Santa Cecilia todos son felices. Lo que me agradó de José es que se interesó por el comentario que le hice de la importancia de decir. Me agradó escucharlo, me gustaría conocerlo más a fondo y escribir algo de su pensamiento. Es un buen amigo, ojalá no lo pierda. Solitario. También se me ocurrió que podría escribir una fantasía dividida en tres partes: una ideal soñando con María; otra, escuchando la sabiduría de don Fabián (¡qué placer oírlo!); otra más, Santa Cecilia, para describir sus rincones, su vida cotidiana, su historia. Por título, le pondría a mi relato:

8 de marzo

Se me hizo chusco lo del metro. Un señor cargando varios bultos subió al vagón. A esa hora somos sardinas. Yo venía del otro lado. Una señora que iba sentada se puso de pie; el señor, ¡qué onda!, empujó a los pasajeros agobiados en el pasillo hasta llegar al asiento que se desocupó. Solté tremenda carcajada por la forma como fueron zarandeadas las personas que atropelló a su paso, y que, al mismo tiempo, respondieron viscerales a su ataque. Una anciana que venía embarrada a mí se me quedó viendo ¿pensaría que me reí de ella? No fue así, no supe qué hacer, preferí fingir demencia. Al bajar en la estación de mi destino, volteé a verla. Me miró. No interpreté su mirada. Era un ser de setenta y tantos, canosa con una expresión facial dura. Tenía muy arrugada la cara. ¿Por qué me vería así? supongo que:

1. No le pareció que me riera.
2. Al reírme, le salpiqué la cara de saliva y se enojó.
3. Así era su gesto. Adusto, fastidiado, cansado por la labor del día. ¿Tendría casa?

¿Tendría dinero?

4. Observó en mí la estupidez de mi edad al ser burlón. No fue por ella, no se lo pude aclarar, tampoco fue por el señor impertinente, sino porque vino a mi memoria la mamá de María: “Ay, David, yo le digo a María que te hable cuando llegue”. ¡Qué burla!

5. Se dio cuenta de que se me iba ocurriendo escribir un relato, aunque la ancianita se molestaría si personajes como ella fueran los protagonistas. Le pondría por título: *La vieja edad de Santa Cecilia Tepetlalpa*. La anciana comprendería que es un cuento de todos los días.

¡Qué mala suerte que lo pensara!

No sé por qué me vino la idea de que Santa Cecilia puede ser un barrio despreciable donde hay miseria, niños abandonados, hombres y mujeres drogadictos, vándalos. Solos. Ausentes. Anoche tuve una pesadilla: soñé que era un niño muerto debajo de una banca. Que alguien venía en mi auxilio y me llevaba a un cuarto mísero y jodido. Que dormía en un petate. Sigo ahogándome en una tormenta breve y pertinaz como mi cerebro. Recordé al niño de la manifestación. Bestia.

14 de marzo

No sé cómo aguanté su mirada. Me fascinó su rostro: su piel ajada, oscura. Árida. Al ver esos surcos que ocasionó el tiempo, me hubiera gustado tocarlos. Cuánta vida en el cuerpo, cuánta fortaleza prodigada, y ahora, sólo la dignidad, el orgullo de tanto afán. Pensé muchas cosas, pero nunca concluí que la señora merecía ir sentada. Me convertí en la indiferencia sepulcral del vagón. A nadie le interesaba tanta carga que traía encima, ¿quién no iría pensando en sus pantuflas? Somos glaciales en el furgón, diferentes energías, muchas formas de llevar a cuestas esto que llamamos vida. Los adultos como ella deberían viajar en trenes especiales para ir relajando su cansancio, deshinchando sus pies, prodigando sus saberes, regocijando su esfuerzo.

Pero nos vale. Un día, en ese mismo espacio, yo veré fijamente a alguien y no sabré interpretarme.

22 de marzo

Fui a pararme frente a la casa de María. No estaba. Me senté en la banqueta de enfrente, era como caer al otro lado de un río, escondí la cara entre las piernas. Tomé varias piedritas, las aventé a la corriente, estaba embravecida, rabiosa. Pasó un rato. La vi llegar, caminó por la hierba, volteó a verme, levantó los brazos, sus labios me despidieron. No quise decir adiós. No intenté cruzar las aguas. Seguí jugando con la tierra.

Pasaron junto a mí Arturo, Marco y Ana. Ana es una jovencita muy simpática, también bota la pelotita. Es muy linda. ¿De verdad, Santa Cecilia será un paraíso?

29 de marzo

No logro terminar “Historia Social de la Literatura y el Arte II”. No entiendo nada. Metí la pata. No soy de la talla de esa licenciatura. No puedo ser digno de ella. Me da flojera la espera. Este plan de estudios me lleva hacia el dinero. Un peso en la bolsa quiere la compañía de otro peso, y luego de otro, y otro. No me interesa. Prángxana. Pienso que debería haber cursado Artes Visuales, pero no, para güey no se estudia. ¡Qué tonto! Cada vez que paso por un taller de esa carrera me imagino estar entre ellos. Cuando estaba en el CCH debí de haber sentado las bases de mi responsabilidad académica. Pero no, siempre en el desmadre. Fue chida esa onda. Ana acaba de entrar a primer semestre. Un día voy a platicar con ella. Si se deja. Es muy tímida, aunque en la cancha juega estupendo.

2 de abril

Me gusta escribir. Si fuera fan de la literatura, estoy seguro, hubiera ingresado a la Facultad de Filosofía. “Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora”. No sé escuchar; no tengo amigos; María no me quiere; puedo ser un sollozo perdido. Voy a matar a alguien.

3 de abril

Creo que una historia de asesinos en el centro de la ciudad no estaría mal para empezar a cosechar éxitos: Hubo una vez una muerte, nunca quedó aclarada. En todos los rincones del edificio las voces fueron silenciadas. Yo estaba presente. Jalé el gatillo. Ella inclinó su cabeza. Ella se asfixió en rojo.

¡Ay, güey!

10 de abril

He dibujado el rostro de María siete veces, en cada uno recorro sus labios una y otra vez. La beso, la quiero, transito por sus jardines ensortijado en su sonrisa para darme cuenta de que no puedo estar sin ella, pero ¡si ya estás sin ella, maldito cabrón! Un día le pedí que posara desnuda para mí. No me contestó, sólo sonrió. Esa sonrisa me dijo mucho. Aunque esté del otro lado del río seguiré soñando que una noche entro a su habitación, la sustraigo de la cama para llevarla a mi infinitud, para colmarla de estrellas que flotan en medio de una turbulencia llamada ansia;

ansia de abrir sus brazos, de adorar sus ojos, de caminar por su cuerpo; ansia de tocar sus labios, de vivir en su piel.

Prefiero seguir investigando en los rincones del edificio. Esa ficción me quitó el sueño.

16 de abril

Hace 34 días que no la veo. El tomo I es más sencillo, la tesis de Hauser era considerar al arte y la literatura como producto de la sociedad en que se vive, condicionada a ese ambiente, a la economía, a la religión y a la política. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo crecer entre páginas!. Le voy a preguntar a Cristina. Cristina. Tan linda Cristina.

23 de abril

Me encuentro impresionado. Estos días tengo la idea de seguir con asuntos policiacos en una historia escrita. Podría alcanzar la fama si escribo sobre la violencia en la ciudad. 34 + 7 = a 41 días sin María ¿Me estaré sumergiendo en el mundo de las letras? ¿Acaso llegaré a ser creador de un discurso? ¿Acaso me estaré haciendo pendejo porque nada más lo pienso?

26 de abril

Me avisó José que don Fabián nos invita a pasar unos días en su casa, allá en Santa Cecilia. Nos espera desde el viernes. ¿Y si ambientara en ese pueblo mi historia policiaca?, voy a investigar por sus calles. La familia de mi amigo se va a Morelia. Él pidió quedarse. En su casa entienden que empieza a tener sus propias obligaciones. En mi casa no se han dado cuenta de que

tengo compromisos. Cuando salgo a alguna parte, nadie me pide que avise. María siempre me preguntaba. Creo que ahí empezó todo.

8 de mayo

¿Qué tiene de bueno el Paleolítico?

29 de mayo

Ya no quiero seguir contigo. Esas fueron sus palabras. Le pedí perdón y me colgó ¿Qué pasaría si mi violencia se cerniera sobre María? Hubo fiesta en casa de Toño, cuando llegué estaba platicando con el Pato, a ese güey no lo soporto y cómo la acosa. Fui a tomarme unas cervezas, me eché seis de un jalón. Eran coronitas, no me hicieron nada. Pinche Cristina, me dijo que me iba a ayudar con el ensayo y no la he visto. Qué onda, Deivid, me gritó el Volcán, ¿vamos a chupar toda la noche, cabrón? Volteé a ver a María, estaba bailando con el Pato...

¿Quién fue el pintor más destacado de la Ilustración? Todavía no resuelvo lo del Paleolítico y ya estoy preocupado por no saber quién fue el primer pintor. La relevancia en este caso sería que no he seguido el proceso del semestre como es debido. Me he ausentado mucho tiempo.

PREMISAS: No estoy de acuerdo con la vida que llevo.

Me ahogo en un vaso de agua.

Me equivoqué de carrera.

Es una fascinación Santa Cecilia.

CONCLUSIÓN: María, Cristina y Sofía son unas santas.

...No estés chingando, le dije al Volcán. Voy caminar poco a poco hasta denunciar mi crimen.

3 de junio

Es la primera vez que pienso que estas líneas hablarán por mí. Puedo escribir desde lo más profundo de mi corazón. Ser impulsivo. Sincero. Falso. Puedo mentir sin que a nadie le haga daño. Creer que se está solo y que el mundo está en contra nuestra. No darse cuenta que estamos sumidos en el vértigo que provoca la ferocidad de la condición humana: 347... 346... 285... 254... 193... 132... 91... se acabó.

Necesito terminar el trabajo de Hauser. Cristina. Le voy a hablar, quién quita y ya lo hizo. Tan linda. ¿Qué tal si un día me dice que me preocupe de ser para ella? Puede ser. Sí, sí. Puedo estar ante situaciones inverosímiles. Es posible que mi suerte cambie.

7 de junio

Me habló Cristina, me dijo que el profesor ya había recibido los ensayos, que no le quería aceptar el mío, pero que le dijo que yo estaba muy enfermo y entonces no se negó. Sigo enfermo, si ella fuera quien me acompañara siempre en mis razonamientos. Cuando la conocí en el grupo, aprendí de la forma como participaba en la discusión de los temas. En todo momento es fuerte. Su mirada es tierna.

Hay algo más allá que espera caigas con estrépito. Si tuviera un amigo que se abriera paso entre la multitud para levantarme de la tierra...Alborada.

14 de junio

Vengo de casa de María. Por fin la vi, me cachó sentado otra vez en el mismo lugar. Me gritó desde lejos que habláramos, pero mañana. No sé si llegará mañana, no quiero vivirlo. Siento un enorme hueco. No quisiera sentirme así. Náufrago, resbalo de las piedras, caigo profundo. Pienso que me estoy acostumbrando a eso. El río crece. Este diario ha tenido consideración de mí. En uno de los callejones de Santa Cecilia me está esperando un refugio. Llegaré hasta allá letra por letra, fieles faros que de noche se prenden, testigos de un vacío inmenso que espera el crepúsculo para ver de nuevo e intentar lo único y maravilloso que me queda decir con las letras, decir lo que sea, pero decir: María, Sofía, Santa Cecilia. Cristina.

23 de junio

Hablé con María. Me reuní con Cristina en la entrada de la facultad, he reanudado mi labor estudiantil. Los renglones de este diario se han vestido de gala. Estoy aquí, frente a un carril de acero, en espera de la excelsa travesía que un maquinista, pipiolo en estas lides, pueda provocar cada vez que arroje un trozo de madera al fogón de la caldera de una locomotora haciendo estallar dentro de ella, la energía que arrastre preciosas cargas complejas, cotidianas, inventadas, aprisionadas, de múltiples colores, de un tren alegórico que me llevará cuesta arriba a Santa Cecilia Tepetlalpa. Qué linda es Cristina.

30 de junio

Tengo una cita con Cristina. Le pediré que pose para mí. Soy un chico con suerte.

Mi estrella favorita

Estaba sentado en el sexto peldaño de las gradas, desde ahí podía observar sus movimientos sin que nadie me interrumpiera. Nunca falté a sus juegos. La primera vez que entré al gimnasio, lo vi jugar. Quise jugar como él. Supe que quería ser tan bueno como él. Cada bote, cada giro, cada uno de sus movimientos en la cancha, eran guardados en mi memoria. Ganara o perdiera su equipo, yo esperaba impaciente el final del juego para salir del gimnasio e irme derecho al parque para repetir sus jugadas; aprendérmelas era lo más importante en mi vida. Siempre me juré que todos los movimientos que le veía, los dominaría antes del siguiente domingo, por eso, al otro día, y durante toda la semana, saliendo de la escuela, regresaba de volada a la casa, comía lo mejor posible; era parte de mi estrategia para ser grande y fuerte. Inmediatamente después de hacer la tarea, salía corriendo a la cancha del parque con mi balón. No dejaba de entrenar y entrenar, practicaba todos los movimientos. No me salían al principio, pero después era tan fácil que trataba de inventar nuevos. Quería jugar tan bien como él.

El jueves pasado, cuando practicaba un giro que le vi y que no me salía, se me zafó el balón, rodó lejos de la cancha, perdí el equilibrio, me caí. Golpeé el piso molesto, casi lloro de coraje. De pronto, oí una voz; era la suya. Te faltó muñequear, es preciso que jales el balón para que completes el giro. No me levanté. Él estaba ahí, frente a mí, diciéndome cómo debía hacerlo. Él fue por el balón; de regreso, empezó a botarlo, dribló de un lado para otro. Corrió a encestar a la canasta más lejana, tocó el aro. Si hubiera querido, la habría retacado. Regresó nuevamente botando. Trata de quitármelo, anda, ven, me dijo. Yo, apenas si me pude parar, no sabía qué hacer. Quise irme a mi casa, que mis papás se enteraran de que él estaba conmigo. También quería ir a quitárselo, tenía mi balón en su poder. Me dio miedo fracasar. Anda, ánimo, te apuesto lo que quieras a que no puedes. Me acerqué. Él, sin dejar de botar, se adelantaba a mí y

se alejaba, me enseñaba el balón ¿cómo podía hacer eso? Al principio me dio pena, pero después, ansiosamente traté de quitárselo. No pude, tenía razón.

¿Quieres acompañarme al entrenamiento? Ven, vamos. ¿Me dejas avisar en mi casa? No me tardo, le dije. Llegando a la casa, toqué desesperado la puerta. No dejaba de mirarlo ¿cómo era posible? Mi madre lo saludó al asomarse por la ventana. Le expliqué. Me dijo que no me tardara. Nos fuimos platicando hasta el gimnasio, en el camino él seguía driblando, hacía botes entre las piernas, por atrás. ¡Uf!, no lo podía creer, mi jugador favorito, el jugador que yo veía en mis sueños caminaba junto a mí. Iba enseñándome sus trucos. Cuando llegamos al gimnasio su entrenador lo estaba esperando en los vestidores.

Necesito que te lastimes para el domingo, le dijo. Arturo se quedó sorprendido, volteó a verme. No entiendo, le contestó y le preguntó señalándome ¿Puede ir a tirar a la cancha? Sí, que vaya. Yo salí de los vestidores con el balón en las manos. Me quedé parado tras la puerta.

Tengo un problema económico y me urge resolverlo. La manera más fácil y efectiva de obtener la cantidad de dinero que necesito fue entrarle a las apuestas con los costeños. Tú sabes cómo se las gastan para apostar en los partidos. Sus triquiñuelas los han llevado a obtener jugosas ganancias. Su equipo es más débil que el nuestro. Siempre han querido ganarnos a como dé lugar. Ha llegado el momento, ¿cómo ves? No quise escuchar lo .que Arturo le contestaría; me fui a sentar a la banca, abracé el balón, me recargué en él, cerré los ojos. Minutos después, vino por mí. Ven, va a iniciar el entrenamiento, súbete a las gradas, me dijo. Me fui a sentar a la sexta fila, como siempre. Desde ahí observé a mi estrella favorita.

Mientras él practicaba, ya no pude concentrarme en sus jugadas, ni me sentía feliz. De vez en cuando él volteaba a verme y sonreía. Yo no podía contestarle igual, había algo que no me gustaba, traté de olvidarlo pero no pude. Cuando terminó su práctica, me llamó con una seña. Bajé a la duela, estaba con el profesor. Al acercarme le dijo a su entrenador que me gustaba

mucho el juego y que tenía excelente control del balón. Es un excelente defensa y su tiro de tres es infalible, ¿verdad, Marco? Yo no contesté, me dio pena, pero al mismo tiempo me sentí importante. Está bien, llévalo con Gonzalo, que le haga una prueba, él decidirá si tiene posibilidades para ingresar al equipo de su categoría. ¿Estás de acuerdo, chamaco? No pude contestar.

Nunca imaginé entrar a un equipo juvenil, era más de lo que podía soñar. No lo podía creer. Ese día habían pasado tantas cosas que jamás lo olvidaría. Para rematar, Arturo me dijo, de regreso a casa, que él me entrenaría todos los días para que, cuando hiciera la prueba con Gonzalo, el profesor no tuviera pretextos para meterme al equipo. No cabía de contento. Mi memoria olvidó la conversación del entrenador con mi mejor amigo.

Al otro día, ya estaba calentando en la cancha cuando llegó Arturo. Mira, vamos a empezar por los movimientos del cuerpo sin balón. Toda la tarde lo escuché atentamente, vi sus movimientos, los repetí emocionadísimo. Trabajé y trabajé, no me cansé de escuchar sus indicaciones. Cuando terminó la práctica, quedamos de vernos al día siguiente, yo continué en la cancha hasta que oscureció, entonces vino mi papá. Me quedé platicando con él, le conté todo lo que me estaba pasando. Me dio ánimos y me felicitó.

Los días se fueron muy rápido, todos estupendos. Mi gran ídolo me dijo que con esas ganas, un día llegaría a ser el mejor jugador del equipo. El viernes vino el entrenador de Arturo. Se reunieron, yo no quise estar con ellos, me di la vuelta, me dirigí a un aro botando el balón. Sigue tirando entonces, me dijo. No quise obedecerlo, me fui a sentar a la banca.

El sábado fuimos a ver a Gonzalo. Me hizo varias preguntas, entre ellas, quién era mi jugador favorito. Dudé en contestar, me quedé callado. El domingo no quise ir al gimnasio, era la primera vez que faltaba. Mi papá se sorprendió, me dijo que si quería, él me acompañaba, no acepté. ¿Pasa algo? No contesté. Nos fuimos al cine. Por la noche, cuando regresamos a casa, mi

mamá recogió una nota que estaba tirada en el piso. Marco, es para ti, me dijo. Me sentí mal, estaba muy nervioso, todo el día me la pasé pensando en el juego ¿cómo quedaría el marcador? No me di cuenta de qué trató la película. Cuando desdoblé la hoja, sentí miedo otra vez. “Ven a la cancha, te estoy esperando, Arturo”. Salí corriendo, en el trayecto no pude pensar en nada ¿qué le pasaría? ¿De qué manera se lastimaría? ¿Se rompería un tobillo, una pierna? Al llegar, lo busqué. Estaba sentado, recargado en el poste de una canasta. Lo revisé de pies a cabeza, no estaba enyesado, no se le veía nada anormal, no tenía nada hinchado. Hola, Marco, ven, siéntate, quiero decirte algo. ¿Qué me quería decir: que puso en su lugar al entrenador, que no ganó? Me senté junto a él. Voy a cambiar de equipo, la próxima semana tengo una entrevista con el entrenador de Hacienda. ¿De Hacienda?, le pregunté. Sí, es un equipo muy bueno, me contestó muy alegre, ¿quieres ir conmigo? Tienen un grupo de tu categoría.

Me puse muy contento. Me iría al equipo donde mi estrella favorita iba a ser el más grande. ¿Ya no vas a seguir en el equipo Corsarios?, le pregunté. Miró el balón. Lo tomó. Lo giró con el dedo. Giró mucho tiempo. Estaba ansioso de oír su respuesta. Estaba seguro de que dejaba al equipo por culpa de las tramposadas del entrenador. ¡Cómo podía haber gente como ese señor!

Ya cumplí mi etapa con ellos. Ya conseguí lo que quería. Es hora de partir. ¿Qué quiso decir? No entendí. Su respuesta no me gustó. Quise aclarar mis dudas. No entiendo ¿Qué conseguiste?

Yo juego por dinero, carnal. Hay muchos equipos que se interesan en que esté con ellos. El entrenador me pidió lastimarme, yo acepté con la condición de que me diera el doble para irme, o de lo contrario le diría a Costeños y a la asociación las triquiñuelas que andaba haciendo. Él iba a ganar muchísimo dinero al perder ¿y yo qué?. Y bueno, el cuerpo se cansa, ahorita soy el mejor. Hay que aprovechar las oportunidades, los que patrocinan al equipo de Hacienda tienen mucha lana. Estoy seguro de que ahí también puedo sacar un buen fajo. ¿No crees?

30 de abril

Alfonso ya no duerme tan plácidamente como lo hacía cuando era un bebé. Ya no es Ponchito. Meses atrás, sus padres decidieron que él fuera como los demás.

Este día, Alfonso, sujeto de la mano por su mamá camino a su escuela por el rumbo de la plaza, observó que la calle no estaba tan tranquila como otras mañanas. En esta ocasión se encontró con tumultos de gente que avanzaban gritando, cantando, todos en la misma dirección: la plaza. Temeroso, presionó con más fuerza la mano de su madre. A cada paso que daba le era más difícil sujetarse; la mochila, por momentos, le impedía avanzar.

Gritos ensordecedores se escuchaban: “Justicia”, “Igualdad”, “Trabajo para todos”, “No más discriminación”. No podía preguntar nada porque no había tiempo para contestarle. Alcanzó a percibir en las caras de esas mujeres y de esos hombres desesperación, angustia, coraje, enojo. No entendía lo que eso significaba. De pronto, su mamá llamó su atención con un grito: ¡Hijo, no me sueltes, agárrate bien, corazón!

De pronto, el miedo lo dominó. Un estruendo le provocó sobresalto. La multitud corrió en diferentes direcciones. Una voz que exclamó: “Abajo el mal gobierno”, “Únete Pueblo”. Lo distrajo tanto que se desprendió de la mano su madre. Trató de seguirla, intentó de abrirse espacio para pasar, buscó no perderla de vista. Miró fijamente la falda que se alejaba. Ella lo llamaba desesperada, cada grito se iba perdiendo en el disturbio. Un golpe brutal se hundió sobre Alfonso. Quiso voltear a ver quién lo había tirado. Enormes botas retumbaban contra el piso, piernas de hombres y mujeres trataban de alejarse de ellas. Un hombre cayó cerca de él. Un líquido viscoso le cegó los ojos. Con el espanto en todo su cuerpo, quiso alcanzar sus cuadernos cuando de repente, ya no los vio.

Horas más tarde, Esperanza levantó la mochila de en medio de la calle.

En las noticias del mediodía, el conductor informó sobre el enorme tráfico ocasionado por la manifestación. La policía federal reportó saldo blanco a pesar de los disturbios causados por agitadores que se filtraron en la marcha pacífica que finalmente no llegó al corazón político del país. Pasó a otras notas...

Olivos en el Paraíso

El dolor es inmenso, viene desde el cielo y cae. Choca y corre, por las veredas se dispersa. No es reconocido. Destruye. Marca. Era la misma calle. Desde niña, Sofía la recorrió muchas veces. Ahora, llevaba a Belén, su hija, a la misma escuela donde 23 años atrás cursó la primaria. En el camino, madre e hija, gustan de contemplar el paisaje. Para Sofía no ha cambiado. Ese día, como siempre, pasaron a la tienda de don Julio.

–Buenos días, Don Julio. ¿Me da un boing?

–Cómo no, Belén. ¿De manzana, verdad?

–Sí, sí, de manzana. ¿Mami, me compras unas galletas?

–Claro que sí, mi amor.

Después, tomadas de la mano, Sofía y Belén siguieron por las calles irregulares que iban subiendo; las casas, cuando fueron construidas en este barrio, quedaron unas más adelante que otras. Las calles que se formaron eran reptiles en ascenso. También las construyeron de distintos tamaños según las posibilidades: pobres o miserables. Sin drenaje. Sin agua potable. Sobraban conflictos. Enorme cantidad de basura se apelmazaba a diario. Entre muchos, ocasionaron pleitos por cosas que encontraban en el desperdicio. Varios se pelearon por las casas abandonadas, asaltaron los terrenos y se quedaron con ellos. Nadie decía nada. Nadie hacía nada. También había hombres alcoholizados, drogadictos, indigentes.

Cuando Sofía y Belén salieron de la calle Benito Juárez, para continuar su travesía, tenían que pasar por dos cruceros peligrosos. Por ahí bajaban autos y camiones conducidos sin cuidado. Hubo choques terribles y los de a pie tenían que enfrentar esa suerte. Alguna vez, alguien murió y en la esquina se clavaron cruces. Sofía desde niña debió aprender a cuidarse sola.

Más adelante, continuaron por Salvador Novo, una calle pequeña de apenas una cuadra de largo que seguía subiendo pero que a Belén le gustaba caminar porque podía ir tocando flores; andar por ella, era el Paraíso. En la primera casa del lado izquierdo, el zaguán presumía un enorme jardín; en él, una buganvilia que corría por la pared, desde el fondo, no dejaba ver la reja. Al acercarse, de entre sus ramas se podía ver en la esquina del tejado, una araucaria, tronco delgado, joven, sus ramas tan grandes muchos abrazos le pedían a Belén; más atrás, un limonero espigado mostraba orgulloso su fruto. En el espacio, también se encontraban alcatraces que, impacientes y estiraditos, ansiaban que la niña se asomara. Del otro lado, se levantaba una pequeña hortaliza. En el centro del jardín, un árbol de moras quería ser la estrella del evento: tan alto, tan flaco, tan frondoso, bailarín impetuoso al compás de cada aliento. Cerca de la reja, se asomaba por encima de la buganvilia un naranjo que sonreía todas las mañanas. Algunas veces, sus propietarios, doña Esther y don Gabino, les regalaban limones, naranjas, moras, jitomates de la cosecha y para la niña, una flor.

–Permítame, señora, regalarle una flor a su hijita. Espérame tantito, Belén.

–Cuando pasen, no lo piensen, corten las naranjas, son para todos, qué ganamos con dejar caer los frutos –decía doña Esther.

–Gracias.

–De nada, Belén. Cuídate mucho.

En la casa del lado derecho, un balcón feliz se engalanaba con un vestido de múltiples colores. Las verdes enredaderas en su barandal caían como cascadas tan bajo que podían ser tocadas por la gente, Belén siempre quiso alcanzarlas. Las flores blancas, como estrellas, permanecían en lo alto para ser admiradas por su hermosura. Las rojas y amarillas revoloteaban en el ventanal, queriendo entrar o queriendo emprender el vuelo. En la siguiente morada, sobre la banqueta, sin permitir el paso, se levantaba el primer olivo; al descubrir la presencia de Belén,

cada rama, como estoico caballero de la corte, inclinaba su cabeza. Después, sobre la misma acera, otro olivo, y otro más al fondo de la calle, le aguardaban. Detrás de estos arbustos intranquilos, ficus y enramadas impacientes se estiraban cuanto podían tratando de alargar su tallo y su mirada. Una jacaranda, al terminar la calle, era el punto de salida. Con el viento, se precipitaban sus flores, se abatían sus hojas, y en el suelo, alfombras de púrpuras colores despedían a la infanta del paraíso.

–¡Paso a la Princesa! –decían. ¡Vaya, su majestad, por este sendero que él mismo la conducirá a su reino!

Y rieron y cantaron y siguieron caminando. Después, hacia arriba, tomaron por la calle de El Árbol. Todo lo extraordinario de los Olivos desaparecía al llegar a esa esquina.

Sofía apretujó a Belén contra su cuerpo.

–Mi vida, no me sueltes– le dijo.

La calle de El Árbol maloliente. Fétida. La calle de El Árbol como cementerio. Desperdicios. Marginación. Hambre. Enfermedad. La calle de El Árbol seca, contaminada. Violenta. Sofía recordó a Camila.

–Mami ¿qué te pasa?

–Nada, hija. Anda, camina, se nos hace tarde.

Las ventanas de las casas exhalaban, huellas de vaho se marcaron en los vidrios, de las puertas carcomidas crujieron rincones. En las alcantarillas una gota de agua se precipitó al abismo. Premeditados susurros hicieron eco en las vecindades, ojos asomaron su vileza, las sombras se esparcieron por la calle, corrieron los fantasmas, ladraron los perros, la bruma cubrió el sendero. En las banquetas lodosas, maceraron los rumores. Una aproximación le salpicó las piernas de lodo. Sofía se sobresaltó.

–¡Mami, me lastimas!

–Belén, tengo que ir al centro a cobrarle al señor González el trabajo que tu papá le terminó la semana pasada, ¿me acompañas?

–¿Me lo estás diciendo en serio?

–Sí, hija. Es en serio.

–¿Y la escuela?

–No pasa nada si no te quedas a clases. No creo que la maestra se moleste. Anda, vamos. ¡Te invito un helado en la Alameda!

–No, mami, no quiero faltar. Me toca leer en la clase el cuento que escribí anoche.

Con las manos apretadas y presurosas, terminaron de cruzar. Por fin, por la calle de Gladiola, llegaron a la escuela.

–Mira, mami, ahí está la maestra Paty.

–¡Buenos días, maestra!

–Hola, Belén, buenos días ¿cómo estás?

–Muy contenta, maestra. Traje mi tarea. Mi papá me compró las monografías que pidió y también hice mi cuento.

–¿Y de qué trata tu cuento?

–De que mi papá, mi mamá, mi hermanita, usted y yo vivíamos en la escuela y los cinco votábamos por cambiarle el nombre y ganábamos.

–¿Y qué nombre le pusiste al cuento?

–Bienvenidos a la Escuela Primaria “Olivos en el Paraíso”.

–Ay, Belén, qué bonito nombre, al rato lo leemos en la clase. ¿Cómo está, Sofía?

–Un poco apresurada. Con Belén tengo que venir contemplando las calles por donde pasamos.

–Maestra, ¿Belén podría faltar hoy?

–No, mamá. ¿Por qué insistes?

–Si tiene usted un apuro, no se preocupe, puede llevarse a Belén.

–¡Mamá, no quiero!

–Está bien, está bien. Me iré sola.

–Sofía, ¿sí le da tiempo de llegar a la hora de la salida?

–Sí, maestra. Desde luego. Belén: cuídate, hija.

–Sí, mami.

–Adiós, Belén.

–Adiós, mami.

Sofía guió sus pasos nuevamente hasta la calle de El Árbol. Dio vuelta a la derecha. El plomo adquirido lapidaba su fuerza. Cada paso era sometido al tormento. Ráfagas exacerbadas golpearon su espalda. Subió a un microbús. Un asiento estaba vacío. Entre los pasajeros que no dejaban de mirarla, fue avanzando por el pasillo. Se sentía cansada. –¿Me permite? El señor que iba en el asiento, malhumorado, se puso de pie. Sus ojos penetraron su piel. Un lacerante aliento manoseó su espalda. Al sentarse se sintió desprotegida. Se apoyó en la ventana. Había llovido, había mal tiempo. Gotas de agua quedaron marcadas en el cristal. El lodo se removió:

¡Camila! Sofía sólo alcanzó a ver en medio de tantas piernas la angustia de Camila. No escuchaba su llanto. Unas zarpas poderosas oprimían sus muñecas. No podía zafarse, Camila lloraba.

–¡No! ¡Déjenla! ¡No! ¡Déjenla!

Manos perversas recorrieron su cuerpo. Tentáculos inmisericordes la profanaron. Fracturaron su aliento. Terribles momentos de anhelo, de espíritu de fragancia, de amor, de ternura, fueron esclavos de la ignominia. Logró liberar una mano. Rasgó una piel cubierta de escamas, la sangre le salpicó su mejilla. La brutalidad le devolvió a su rostro el flagelo. Violentamente, fue sometida de espaldas. Un grito desgarrador se ahogó en el lodo. Sus lágrimas, al desprenderse, dolorosamente caían al fango. Camila miraba al cielo.

A horcajadas, somnolienta, con los ojos empañados trató de alcanzar a su hermana. Se puso de pie. Unas garras volvieron a dominarla para impactarla contra el suelo.

–¡Está muerta!

El silencio agigantó el vacío. La mirada de Camila seguía en el limbo, la voz de Sofía huyó tras el horror. El cielo se oscureció. Sofía se quedó parada en medio de la escena, sus plantas parecían secarse. Cayó de rodillas, manos temblorosas ansiaban tocar a la pequeña inerme en el lodo. Quiso tenerla en sus brazos, besarla, llorar por ella. Camila miraba al cielo. De las tinieblas brotaron ruidos, en las sombras se agigantaron. Eran ellos. Regresaban.

Un hálito de vida la levantó del piso. Sofía saltó por la ventana, cayó de bruces, se incorporó de inmediato, alargó los pasos tanto como podía, cruzó la calle, brincó una zanja. En medio de automóviles varados alentadores de su huida, prosiguió su marcha. El lodo salpicó sus piernas. Giró a la izquierda, corrió hacia abajo. No hubo retorno. No volteó. No paró. El sollozo le nubló el camino. Se detuvo. Estaba sola... ¡Camila!

–¿Se siente mal, señorita?

La voz la hizo reaccionar. Inquieta, bajó del microbús. Subió al metro. El plomo la acompañó todo el camino.

–Buenas tardes, ¿se encuentra el señor González?

–¡Quién lo busca?

–Vengo de parte de Fernando Estrada, el plomero.

–Un momento, por favor.

–Dice el señor González que lo disculpe, que mañana sin falta le hará el pago.

Eran las 12:30. Sofía, arrastrando los pies, venía de regreso a la escuela por la calle de Gladiola. Niños inquietos jugaban en el área próxima a la entrada del plantel. Madres, abuelos, abuelas, hermanos, hermanas, se disponían, con mochilas en mano, a despedir el horario escolar. Era tiempo de regresar a casa.

Sofía buscó al grupo 3º. B. No lo vio. No vio a ningún familiar de los compañeros de Belén ¿aún no salían? Se acercó a la puerta de entrada. Le preguntó a la maestra de guardia:

–Disculpe, maestra ¿el grupo de la maestra Paty, aún no sale?

– Tiene diez minutos que salieron.

¿Cómo? El sol está en medio de las copas; la luz todavía no entra por la ventana; el señor de los helados no ha dejado de vender.

– No se angustie, su hija ha de estar en los juegos.

¿En los juegos?

La resbaladilla estaba fría, el volantín no se movía, el columpio sólo se balanceaba...

Simón

¡Ah! ¡Esto es lo que no pude ver, don Fili!...

¡Ah! Mmm

–¿Otra vez, Simón?

–¿Eh? don Fili... déjeme otro ratito, por fa.

–¿Y luego? Estás bueno para tragar del aire ¡Órale, para arriba!

–No sea malito, don Fili. Déjeme dormir, nada más tantito, estaba soñando.

–Chido, carnal.

–Por fa, don. Estoy muy cansado, ayer le di duro con la doña, llevaba mucha mercancía y casi ni vendió. Imagínese qué regreso me aventé. Cada vez le pone más bultos al carrito.

–Como tú quieras, Simón. La doña que se espere, para qué es mensa, sigue durmiendo, ojalá y lo que sueñas te dé para tragar.

–Está bien, don. No se enoje.

–No me enojo, chamaco. Es tu vida y tú sabes qué pedo. Pero, si ahorita que puedes, no le atorras, pues ¿quién carajos lo va a hacer por ti? Óyelo bien: nadie te llevará el pan la boca.

–Ya voy, ya voy.

–¿Ya te fijaste qué hora es?

–¡Ay, güey! Ora sí se me pegó el sarape, don Fili. ¡Nos vemos!

–¡Córrele! Que te vas a quedar sin chamba.

–¡Doña Joba, doña Joba!

–¡Vaya! Hasta que te apareces. Mira nada más qué hora es. Ya no vamos a alcanzar lugar. De seguro otra vez estabas con tus pendejos sueños. Ya me estás llenando el hígado de piedritas. ¡Apúrate, huevón!

–Chido, doña, no se enoje. Deje, yo lo jalo. Perdone, jefa. Es que no podía despertar. Estaba bien chido mi sueño. En lo mero bueno, que me vuelve a despertar don Fili.

–¡Pues qué esperabas, burro! ¡Que Filiberto te llevara el desayuno a la cama y te diera en el hocico! Bastante hace con soportarte. Ya deberías de ganar harto varo para devolverle todo lo bondadoso que ha sido contigo.

–Ya no se enoje, doña, usted bien sabe que me fajo chido. Ayer quedé pelas. Cuando llegué al cantón ni comí, me quedé bien jetas.

–Pues necesitas tragar más, mijo, para este trabajo se necesitan hartas energías.

–Es el sueño que tengo todas las noches que no me deja despertar. ¿Me deja que se lo cuente?

–No, no, no. A mí no me interesan tus tarugadas. Y ya jálale con el carrito que de seguro el gandalla del Pancho ya se apañó mi lugar. Todo porque llegas hasta que se te da la gana.

–Ya no me regañe, jefa. Necesito saber qué pasa en mi sueño.

–Pues sábetelo, Simón, si te lo digo, que un día de estos puedes quedarte a jetear todos los días. Ya me estoy hartando de ti. Estoy perdiendo mucho dinero por tu culpa. Y eso no lo puedo permitir. A ti no te interesa progresar. No te has dado cuenta que este trabajo es de futuro. Cuántos mocosos quisieran una oportunidad. ¿No lo ves? ¿Qué no lo comprendes? ¡Lo estás despreciando! ¡Es lo ideal! ¿Qué más le puedes pedir a la vida?

–¡Ah!...Mmm.

– ¡Simón! ¿Otra vez? doña Joba ya se fue. ¡Ya ni la jodes!

–Ay, don Fili. Ora sí, ya me llevó pifas.

– ¡Doña Joba! ¡Doña Joba!...

–Ni madres, güey, ya no te quiero aquí, regrésate por donde venías y sigue de talegón, que es lo que más te cuadra. Y ojalá por el camino te encuentres un trabajito mejor que éste para que puedas seguir soñando. Vamos ¡a chingar a su madre!

–No, doña Joba, perdóneme, le juro que ya no vuelvo a llegar tarde, de verdad se lo prometo, no sea malita.

–Lárgate, ya no te necesito... ¡deja esto en paz! ¡Ni lo toques! Ya le dije a Pablito. Ese niño sí que es trabajador. Es muy consciente, sabe lo que le conviene. Él sí que sabrá aprovechar la oportunidad que le estoy brindando.

–Por favor, jefa. Deme otra chance, ya no le vuelvo a fallar. Doña Joba...doña Joba...

–Ándale, mijo. Jálale, te voy a enseñar hartas cosas. Y ponte abusado, no como otros que nomás se hacen pendejos.

–¡Ah!...

–¡Simón! ¡Me lleva...!

–¡Eh... Ay, don Fili. Algo tengo que hacer, me quedé sin chamba.

–¿Qué? Pos ahora sí la regaste, esto está de la jodida. Tenías un trabajo rete chingón y lo dejaste escapar. Cómo eres güey, de nada te ha servido lo que te he enseñado. No me obligues a correrte, Simón.

–No le haga, don Fili ¿pa dónde quiere que le jale?

–No puedo seguir aguantando tus pendejadas. Si no quieres trabajar, pues ai te lo haigas. Ya estás grandecito y ya puedes ver por ti mismo.

–¡No le haga, don Fili! ¿Usted también se quiere deshacer de mí?

–Pues, si no me queda de otra, así será.

–¿Por qué estamos así, don Fili? No es justo.

–Cosas de la vida, Simón. Nos tocó mala suerte. Somos pendejos, no sabemos nada. Así, cómo podemos conseguir un buen trabajo. Hay un chingo de gente que nos peleamos por uno. No tenemos la oportunidad para dejar de vivir entre tanta porquería. No sabemos ni leer.

– Tengo miedo, don. No sé qué hacer. ¿Qué va a pasar conmigo?

– No hay modo, mijo, ya te fregaste. Un día de estos te va cargar la chingada.

– No diga eso, don.

– Así es esto, carnal. Mírame. Esto es lo que te espera... Yo soy resultado de tanta miseria: mis padres me echaron del jacal; no tenía dónde comer; muchas noches no tuve dónde dormir. Me echaba en los mercados, en los puentes, me acomodaba en el resquicio de alguna vecindad. Siempre estuve solo. Probé de todo. La gente en el mercado me daba una tortilla, un pan. Si me iba bien y alguien se compadecía, me daban un taquito de huevo o de arroz. Cuando me di cuenta de que podía vender chupe para tragar, empecé a robar. Nada más me licaba una vinata, y ese era mi objetivo. ¡Eran unas corretizas! Hasta llegaron a apedrearme. Por eso me hice alcohólico, porque un día, ya no las vendí. Todas me las echaba encima. Luego le metí a la droga. Fue chido. Jijos pasanzotes que me daba. El pedo fue que me picaron y casi me lleva la parca. Más bien, el piquete fue el que me salvó. Aunque no sé que habría sido mejor. Me acuerdo, y me duele reteharto el alma. Esa mañana, abrí los ojos, y sentí retehartos dolores. La panza me sangraba mucho, estaba tirado en una barranca. Los hijos de la chingada me fueron a aventar como basura al hoyo. Como pude, me arrastré para subir. Sentía que la muerte venía detrás de mí. Nadie me quería ayudar. Como pude, alcancé a llegar al dispensario. Lo bueno fue que me atendieron, si no, sería difunto. Mientras me estaba recuperando, nadie se ocupó de mí. Tuve que pasármela sentado en la banquetta mendigando un pedazo de pan. Lo pensé mucho.

Estaba dejando de vivir. Después le eché hartas ganas. Ya no quise chupar. Ya no quise andar moto. Busqué trabajo, pero de nada me querían ocupar. Me hice viejo y menos. Comencé a pedir dinero otra vez. Me di cuenta que el pedo son los vicios. Sabes: la limosna sí deja para vivir, pero nada más alcanza pa mí.

Cuando te encontré estabas medio muerto. Me dio mucha pena verte, ahí, debajo de la banca en el parque. Esa noche me estaba llevando el diablo. No había comido en días. Cuando te vi, me pregunté si aún respirabas: me agaché como pude; tenías apenas una playerita toda jodida y unos calzones, todos mugrosos. Quise llorar porque me recordaste mi infancia. Estabas enclenque. ¡Bien jodido! Como pude, te cargué. Fui con Chana para que te diera algo de comer. Ella ya no me quería a mí, pero cuando te vio en mis brazos, te cargó, te dio una tortilla y un plato de frijoles. Te estuvo dando de comer en la boca, parecía tu jefa. Te cubrió con una cobija para darte calor y me dijo: a ver si este chamaco te quita lo pendejo. Por eso estás aquí. Porque fuiste motivo para seguir viviendo. Pero no quiero lamentarme de haberte levantado del puente... Vas a tener que robar, Carnalito.

–¡No le haga, don Fili! Yo no quiero hacer eso, me da miedo.

–No te va a quedar de otra, mocosito, así es que ve echándole el ojo a esos ojetes que tienen lana, y no te preocupes, ya te irás acostumbrando. Es fácil, te harás rico, como ellos.

¡Snif, snif!

–¡Ay, no mames, güey! Ya despierta, vete a buscar pa tragar. Ni creas que voy a mantenerte. ¡Órale, párese ya!

– Espéreme tantito, don ¿A dónde quiere que vaya?, no tengo idea de lo que voy a hacer.

– Qué tantito ni qué ojo de hacha. O le das, o te largas. En la vida nada es gratis, mi rey.

–Está bien, don.

-¿Cómo te fue?

-Mal

-¿Cómo te fue?

-Mal

-¿Cómo te fue?

-Mal, don. Unos carnales me propusieron cuidar coches. Tenía que darles la mitad de lo que sacara. Estuve un rato. Se estaban peleando por los espacios, hasta trancazos se repartieron. Mejor me fui. El otro día, el Moco me dijo que me alineara con ellos en el crucero para limpiar parabrisas. El Rana, después de que le ayudé con uno, me dijo: ni madres, güey, tienes que hacer méritos. Discutí con él. Me aventó cuando le dije pinche gandalla. El Patas me dijo que no le hiciera caso. Nada más limpié un parabrisas. Mejor me fui porque el Rana me volvió a aventar. Me dijo que ese era su coche y que no me metiera con lo suyo. De regreso, vi a la tropa en el baldío. Unos estaban pidiendo varo a los que pasaban. El Chico Che y el Panda estaban chemos. Me da miedo, don Fili. El Cara estaba tirado en el camellón todo guacareado. Los demás le estaban poniendo a la Fabi. Se veía bien pasada, hasta las viejas le metían mano.

-¿Y?

-Eso no es para mí, don. Me puse a temblar cuando los vi.

-¿Y?

-¿Le preocupa?

-Algo.

–No se aflija, mi buen, mañana voy a ir a otro lugar, ya me dijeron dónde. Seguro me contratan para un buen trabajo, ya verá.

–¿Qué lugar es? ¿Conoces a alguien de ahí? ¿Qué vas a hacer? ¿Cuánto te van a pagar?

–Calmantes montes pájaros cantantes, mi don, ya mañana cuando regrese, me verá bien chido.

–¿A poco?

–Ya verá, don, estoy seguro.

–Échate un taco, pues.

–No, don, gracias, no tengo hambre, prefiero irme a dormir. Hasta mañana, don Fili.

–Pues, ahora sí que me las vas a hacer buena. Échate una jetita, de esas que tanto te gustan. Prometo no interrumpir tu sueño para que tengas tiempo de hacerte de fierros. ¡Ahora sí, chamaco! Dale duro a la dormida.

¡Ah!, ah...

–Simón ¿qué te pasa?

–¿Eh?...hola, don.

–¿Soñaste a toda madre?

–No lo entiendo, don. Todas las noches había soñado que voy caminando por una vereda. Siempre caminando. Eso es todo lo que había soñado.

–¿Y ahora qué soñaste?

–Lo mismo, sólo que de pronto una luz me cegó. Usted me movió, y ya no pude saber más. Ya ve, pa que me mueve.

–Ya merito, mijo, ya merito. Esta noche es la buena.

–Eso espero, don. Ayer en el mercado vi a un cuate que cargaba botes de pintura. De pronto se le cayeron. Fui a ayudarlo a levantarlos. Me dio las gracias bien chido; se veía que era carnal. Siguió caminando. Se fue. Me quedé pensando en él. Corrí a buscarlo, cuando lo encontré, me fui tras él. Lo fui siguiendo. Al llegar al puente del Paso del Toro se detuvo. Había muchos chavos ahí. Estaban pintando en la pared. Me puse nervioso. Quise saber qué hacían. Me seguí de frente, pasé junto a ellos. Atravesé la calle y vi de lejos lo que estaban haciendo. Estaban pintando la pared, pero con dibujos. Estaban chidos: eran unos muchachos que pintaban sobre unos como papeles que estaban en unas como mesas paradas, de esas de pintor. Se veía que los pintados pintaban animalitos y flores. Otros muchachos pintados pintaban sobre la misma pared: era un bosque. Me gustó mucho ver eso. Pienso que puedo aprender a pintar. Voy a ir a hablar con el carnal de los botes para ver si me dejan estar con ellos y aprender.

–¿Y eso de qué te va a servir, güey?

–No sé, don. Pero quiero ir allá. Quiero probar, si me dejan.

–¿Y de tragar, qué?

–No lo sé, don. Siento que de ahí puedo sacar algo chido.

–No te quiero desanimar, Simón. Pero no vives si no tienes varo. No sabes hacer nada.

–Por eso quiero ir, para aprender.

–Nada más vas a ir a perder el tiempo. La neta: sólo te queda atracar. Es a lo que todos nos dedicamos en un tiempo. Ya después dejarás de correr riesgos e irás formando un cochinito para que puedas comprar algún producto y venderlo en un tianguis, o consigues vender en el metro, o te metes de chalán en algún taller. Si quieres, te vas al otro lado a llenarte los bolsillos de dólares.

–Quiero ir con ellos, don.

–¡Pinche chamaco! Pues haz lo que se te dé la gana. Si no me quieres hacer caso, allá tú, pero aquí no regresas sin varo. Ya me cansé de cargar contigo. No tienes ninguna posibilidad ¡entiéndelo! Tú y yo nacimos para mendigar o para joder gente.

–Yo no creo eso, don.

–¡Cómo chingados no, pendejo! Pero, está bien. ¡Órale, a chingar a su madre! No te quiero volver a ver. Razón tenía doña Joba. ¡Órale, a la chingada!

–No sea así, don. No se enoje...

–¡Te vas, o te parto tu madre!

–¡Qué onda, Simondor!

–Quiubo, Rana.

–¡Quieto! ¿A dónde crees que vas? ¿Ya se te olvidó que me agandalleste una lana?

–No es cierto. Ese coche me tocaba a mí.

–No respetaste el código, carnal. Págame lo que me debes.

–No traigo ahorita. Si quieres te lo paso en estos días.

–Ni madres, güey. Ahorita o te fundes.

–Aliviánate, Rana. Dame chance. Luego te pago.

–Niguas. Le caes o te lleva.

–¡Don Fili! ¡Don Fili, corra...!

–¡Simón! No...

El mate loco

Ana salió del salón de clases. Era su primera semana en el CCH. Buscó en los señalamientos los letreros que la llevaran a conocer las canchas de baloncesto. Ana era una excelente jugadora desde su etapa infantil. Conforme iba cruzando las jardineras, su emoción iba creciendo, seguramente se encontraría a compañeros de juego que, sabía, habían ingresado a esta escuela para cursar el bachillerato. También sabía que conocería a otros estudiantes que por diversión, por pasar el rato, por hacer amigos, practicaban este deporte. Entre ellos encontraría a Axel.

Al llegar a las canchas, confirmó con agrado sus presentimientos. Inmediatamente la reconocieron, y más de dos, en fragorosa contienda de palabras, dimes y diretes, se pronunciaron por el derecho a tenerla en su quinta para las retas de ese día. Y al finalizar la clamorosa batalla, más de cinco, en muestra rivalidad deportiva, de galanteo, de afinidad, de simpatía, le pidieron volver al día siguiente para que jugara con ellos.

Así pasaron las primeras tres semanas:

De las clases a la cancha y de la cancha a las clases.

Del homo sapiens al juego, y de regreso, a calcular la igualdad de dos expresiones algebraicas.

Del ciberespacio al desempate en las canastas.

Del H₂O, al estudio del idioma de Shakespeare y después a la reta.

De volarse en el tiempo a reponer la información con los compañeros de la clase abandonada.

De una lectura rápida del apunte olvidado a la nueva cáscara.

De estar en la diversión ganando y ganado hasta terminar casi agotada con la emoción de la convivencia diaria.

De terminar el horario del día a volver en automático a las canchas, salir del colegio con más amigos, llegar a su casa, y después, nuevamente al balón: a los entrenamientos con su equipo.

La cuarta semana, decidió no ir a cascarear. Ya tenía casi un mes en el colegio y sólo conocía una vereda. Decidió recorrer todas las áreas del plantel, saber de su ambiente, de los motivos de su fiesta, de la vibra esparcida en los salones, del lejano y misterioso quinto semestre, del fandango diario, de la música que se apoderaba de los pasillos y dejaba aplastados los silencios. Tenía curiosidad por descubrir todo aquello que significaba no botar el balón. Quería interpretar la libertad de la edad en el estudiante sin ataduras para resolver, sin preocupaciones para decidir; quería constatar la fuerza que avasalla sensaciones por inercia. Subió, bajó escaleras, tomó desniveles. Cruzó jardines. Se encontró con torres que ya no eran de marfil, unas impresionantes sobre la loma, otras extensas sobre la cuenca. Tropezó con tumultos que no le abrían paso a una princesa. Se enteró que había que dejar un poco de sí misma. Así lo decidió Ana.

– ¿No vas a ir a las canchas? –le preguntó Noé al ver que cambiaba de rumbo.

– No, a lo mejor voy al rato.

– Pero te están esperando.

– Noé, te lo agradezco; si me desocupo, te alcanzo.

– Quiero jugar contigo.

– ¿Quieres jugar conmigo?

– Sí. Te espero a que te desocupes.

– Me voy a tardar, Noé.

– ¡No importa, quiero esperarte!

– ¿Es en serio?

El grupo acababa de salir de la sesión del Taller de Lectura y Redacción. Les habían pedido que escribieran algo personal; por ejemplo: si leían, qué leían, si iban al cine, qué películas preferían ver, su pasatiempo favorito. También qué les gustaba y qué no. Que comentaran algo sobre su familia.

Ana escribió:

“Me gusta leer. De chicos, mis papás nos leían cuentos todas las noches. En mi casa hay muchos libros. La que más lee es mi mamá. Mi papá también. A mi hermano también le gusta leer, me lleva dos años. Estoy leyendo un libro de José Emilio Pacheco. Son varios cuentos, uno de ellos, el primero, es “El principio del placer”, trata sobre un adolescente que al final queda desilusionado por la traición de su novia, que no es lo que él esperaba. Se pasa de ingenuo. Pero, tal vez, él siempre creyó en ella por encima de lo que le decían sus amigos. Después de leerlo pienso que no debo confiar tan fácilmente en la gente. El que sigue es “La Zarpa”. Ese cuento me provocó enojo, la protagonista es una señora que le confiesa al padre de una iglesia cosas que le sucedieron con su amiga en 1946. Porque su amiga era bonita, porque se casó muchas veces, porque tuvo mucho dinero. Qué curioso o qué decepcionante: pasarse el tiempo molesta por la vida de los demás, ¿y la suya? La señora le contó al padre que dejó de envidiarla cuando la volvió a ver muchos años después, fea y vieja, igual que ella. Hasta entonces se sintió feliz. En la confesión habla de la monstruosa ciudad de México en el año de 1971, casi treinta años después. Yo lo estoy leyendo cuarenta años más tarde, ¿Cómo es la ciudad ahora? ¿Cómo está el mundo hoy? ¿Qué pasará con nosotros? Pienso que debemos de hacer algo. No sé aún qué debería de hacer para el futuro, pero si es algo chido, sí lo haría.”

“Estoy empezando el tercer cuento, apenas leí, en la primera página, el anuncio que viene sobre, supongo, la desaparición de un taxista. En lo que llevo de la lectura, trata de un militar que estuvo en Vietnam. Describen una batalla donde no hay sobrevivientes y le dicen al capitán que comandó esa masacre, y que ahora (en el cuento), se encuentra en la Sala Maya del Museo de Antropología de la Ciudad de México, que él estaba en paz por el deber cumplido a pesar de los miles de cadáveres que se encontraba a su paso. Me quedé donde el narrador le dice al militar que posiblemente, las piezas arqueológicas que observó no le hayan producido ninguna emoción, aunque

sean vestigios de un mundo aniquilado por un imperio que fue tan poderoso como lo es el suyo. No sé si me guste. Es terror. Es violencia. El libro se publicó en 1972. El miedo no sólo está en la guerra. Está en todos los países. Está en las calles. En la escuela. En la familia. No estoy de acuerdo con que vivamos intimidados al abrir la puerta de la casa. No me gusta el sinfín de recomendaciones que tienes que cargar en el morral para cuidarte: fíjate con quién hablas, con quién te relacionas, no llegues tarde, no fumes, no bebas. Tal parece que en lugar de decirte que te vaya bien, te piden que te fijas en cada una de las acciones que no te harían volver.”

–No, no, Ana, está bien. Mejor te espero allá y hacemos la reta ¿va?

–Va.

Ana siguió caminando, subió al edificio de los laboratorios. Los fandangos estaban en su apogeo. Cuando subió al último piso del edificio F, un grupo de jóvenes trató de acercarse a ella. Ana se dio cuenta del estado en el que se encontraban. Ya no quiso inspeccionar más, decidió salir del colegio. Bajó, siguió avanzando. Cruzó la puerta de salida. Dudó. Avanzó indecisa. Se detuvo. Regresó. En la entrada, se topó con Axel.

–Hola, ¿ya te vas?

–Sí, pero cambié de opinión. Voy un rato a las canchas.

–No te aburres de tanto jugar.

–¿Tú vas en la clase de química, verdad?

–Simón. Me llamo Axel.

–Yo, Ana.

–Sí, ya sé. Juegas muy bien baloncesto.

–Gracias. ¿También juegas?

–Sí, pero sólo por diversión. Los cascaritas estamos en la otra cancha.

–Con razón no te había visto.

–Yo sí. Desde que te vi, me gusta verte jugar.

Instantes después, ambos caminaban por los pasillos rumbo a las canchas. Ana reía de todo lo que le iba contando Axel. Antes de dar la vuelta en el último tramo para llegar a la inminente reta, él le preguntó:

–¿Gustas una cerveza?

–No, gracias.

–De verdad, te invito una cerveza.

–No, gracias... bueno, no estaría mal.

–Ven, anda. Salgamos, vamos al Chess.

–¿Al Chess?

–Es un lugar donde se juega ajedrez y bebes chela. Te va a gustar.

Riendo, conversando, observándose inquietos, poseedores del mundo, su andar los llevó por el Camino a Santa Teresa hasta la calle de Alud, ahí dieron vuelta, cuatro casas.... Alud.

–Mira, aquí es.

El lugar estaba adaptado en el patio de una enorme casa. Era más amplio hacia el fondo que a los lados. En uno de ellos, había una barra; en ella, trepados en bancos largos, varios estudiantes conversaban animadamente. Al centro, pequeñas mesas se encontraban atiborradas, cada una por más de cuatro ceceacheros. Del lado derecho pasando el jardín, entrando a la cochera, una gran fotografía colgada sobre la pared representaba el nombre del adaptado centro de reunión juvenil. Eran las piezas mayores del ajedrez sobre el tablero, blancas y negras, ubicadas en la línea de las casillas del centro, enfrentadas, como quien viene al lugar propicio para los retos. El resto de las casillas del tablero estaban vacías, no había peones. Al fondo de la cochera, otra barra, con otros tantos taburetes igual de ocupados; arriba del estante, cuatro fotografías que mostraban gráficamente

los cuatro movimientos del Mate del loco, jugada magistral en el ajedrez que hace ganar a quien tiene las piezas negras. El mate lo realiza un jugador experimentado cuando se enfrenta a uno que se descubre inexperto, ingenuo. Es raro que gane tan rápido quien posee las piezas negras, pero es obvio que el jugador principiante que abrió con las blancas nunca pensó en la estrategia principal en el ajedrez: atacar sin descuidar la defensa de su rey.

Ana observó la decoración. A los lados del Mate del loco, encima de los refrigeradores, se imponían dos figuras de gran tamaño hechas de material transparente. Eran dos reinas, una llena con cerveza clara y la otra con cerveza oscura, colocadas, como en todas las fotografías, de frente, como retándose para terminar con la bebida fermentada. Un estudiante que se encontraba en una de las mesas levantó su brazo para saludar a Ana.

–¡Vientos, Ana! Me late que estés aquí.

Ana le devolvió el saludo, no sabía quién era. Axel le tomó la mano, la llevó a una mesa que les habían instalado, después fue a la barra del fondo. Saludó a varios amigos. Las mesas estaban colocadas en forma de un tablero gigante: una negra frente a una blanca y en diagonal a otra negra. Axel regresó a la mesa.

–¿Qué te parece El Chess?

–Está chido.

–¿Sabes jugar?

–No.

–Vientos, yo te enseño. Conmigo vas a aprender muy rápido.

–Pedí unos peones para empezar ¿está bien?

–¿Unos peones?

–Si. ¿Ya viste la foto del centro? No tiene peones.

–¿Por qué?

–Ahorita los vas a conocer.

Un joven mesero llegó con dos coronitas.

–Aquí tienes, Axel. Hola, Ana.

–Hola. ¿Él también es del CCH?

–Todos son del CCH, y muchos ya te conocen ¡Salud, Ana!

–Bueno, pues ¡salud!

–Por el gusto de que estés aquí ¿nos echamos una partidita?

–Va, explícame.

–¿Ves que la mesa es un tablero?

–Sí.

–Pues cada uno dispone, para empezar, de los ocho peones, que se colocan en la primera línea de casillas. Durante la partida debes acabar tus peones primero que yo. Si lo logras, yo empiezo a beberme la segunda línea de piezas: a los alfiles me los bebo en diagonal, alargo mi brazo para empujar la chela hasta acabármela en máximo ocho tragos que son el mayor recorrido que hace el alfil en el tablero; después, a los caballos me los bebo en dos tiempos, o sea, en dos tragos; para cuando llegue a las torres, ya estoy hasta el full. Entonces me pongo de pie, hago dos brindis dirigidos a mi hermosa compañía, uno de lado a la derecha o a la izquierda, el otro de frente, mirándote a los ojos para que empieces a saborear mi derrota. Las bebo hasta el fondo. Cuando ya, sentenciado a muerte sólo me quede con la reina, me la bebo cariñosamente, despacito, disfrutando, poco a poco, cada sorbo. Es la dama. Para ese momento, el jaque ya es inminente. Mi rey, entonces, se rinde, acepto la humillación, y tú ¡vencedora! has consumado el jaque mate.

–¡Órale!

–¿Qué dices, jugamos?

–Va.

–Ana, tú tienes las blancas. Tiras primero.

–¿Bebo?

–Así es, llevas la mano.

–Va, salud.

–Salud.

–Mmm, te voy a ganar.

–Espérame tantito, Ana.

Ana lo vio alejarse y dirigirse a la barra. Miró a su alrededor. Estaba contenta.

–¡Conejo, tenemos reina! Dame todos los peones. ¡Ya cayó!

Barbarie I

Centro de la ciudad

Ya habíamos cruzado varias calles, el Centro a esas horas era agobiante, caía la tarde, casi era de noche. Paco no dejaba de increparnos por el descuido. No se despegaba de Darío; Alma y Fernanda los iban siguiendo de cerca; Jorge y yo optamos por estar a distancia. Me parecía exagerado tener que ir a ese departamento.

En una de tantas esquinas perdimos de vista A Darío y a Paco. Jorge opinaba que se habían ido por la derecha y quería seguir por ahí, yo no estaba seguro. Buscamos por unos minutos entre la multitud que iba y venía tan frenéticamente como nosotros. Un par de señoras con bultos gigantes en las manos nos atropellaron, al hacernos a un lado, nosotros empujamos a otros y estos a otros y a otros y así se fue haciendo la ondulación, un oleaje que se forma todos los días en este sitio tan concurrido. El ombligo del México moderno.

–¿Para dónde jalaron? –le pregunté.

–Darío está loco y las muchachas son necias, allá van –contestó molesto, supuse que por el tiempo que estábamos perdiendo.

Tenía razón, para esos momentos ya deberíamos de estar en la casa de Arsenia, la reunión que había preparado iniciaría en punto de las 8 de la noche, en la invitación que nos envió decía: “No falten, tengo algo que contarles...”. Enfatizó que fuéramos puntuales. De pronto, Jorge me sacó de mis pensamientos, atisbó que en la siguiente esquina Paco regresaba corriendo y haciéndonos señas.

–¡Túpanle, muchachos! se está haciendo tarde, síganme –dijo Paco deteniéndose y nosotros emprendimos la carrera hacia él. Una cuadra más adelante Alma y Fernanda seguían a distancia a Darío. Trataban de aguantarle el paso. En la siguiente esquina, los tres ya nos

integramos a ellos hasta llegar al edificio. Al dar la vuelta en una de las calles, casi caemos sobre un puesto de juguetes, Alma volteó a vernos y trató de ayudarnos, no hacía falta. Fernanda chocó contra unas personas que venían de frente, una señora la insultó, un señor se hizo a un lado, le barrió el cuerpo con la mirada, la señora le dio un bolsazo al señor, Jorge se protegió al pasar frente a ella, yo me bajé de la banqueta. Los cuatro nos atoramos en el tumulto. Paco me rebasó por la derecha, se adelantó. La señora increpándonos, volteó a vernos, el señor aprovechó para echarle otra mirada a Fernanda. Me carcajeé. Al retomar la marcha alcanzamos a ver a Paco entrando al edificio. Cuando llegamos, no estaba ni él ni Darío. Apenas alcanzamos a oír cómo subían las escaleras. ¿Qué piso será? –preguntó Jorge, mientras brincaba los escalones tratando de dar alcance a los muchachos. No sabíamos el número del departamento. Alma y Fernanda, fatigadas, jalaban aire a destajo. Las muchachas y yo nos empezamos a rezagar. Al llegar al último piso oímos las voces de los muchachos que venían del fondo. Sólo el jadeo colectivo integró al grupo, el silencio dominaba el corredor. La penumbra casi total sobrecogía el ambiente.

– ¡Darío no está! –exclamó Paco.

–¡Ha desaparecido! –exclamó Jorge.

Empezamos a buscarlo en todos los departamentos de ese piso. Tocamos puerta por puerta. Yo toqué en el 3 y en el 4. Una niña del 3, antes de preguntarle, me dijo– Darío está en el tercer piso –dudé por un instante que nos hubiéramos equivocado al seguirlo, además, no era lógico que una niña de esa edad hiciera tal afirmación. Desde el interior del departamento una voz le ordenó a la pequeña que se metiera. La chiquilla, antes de cerrar la puerta se despidió de mí, agitó su mano y me dijo –Me llamo Arsenia. Después me seguí al 5. Antes de tocar la puerta, escuché que discutían adentro, oí también como si unos trastes de cocina se hubieran caído. De pronto abrió un señor. La forma de interrogarme con su gesto, limitó mi indagación. Como respuesta obtuve una mueca de indiferencia. Alma tocó en el 6, nadie le abrió y al pasar detrás de

mí, el señor del 5, ahora sí, a pesar de su indiferencia, se dio un tiempo para asomarse a verla y después, mirándome fijamente, dio un portazo. Al golpe, Alma volteó a verme, me sonrió, me guiñó un ojo.

–No es posible que lo hayamos perdido – dijo Fernanda.

–Yo venía detrás de él y al doblar en esta esquina, desapareció. Toqué en este departamento creyendo que había entrado a él, incluso, la señora que me abrió se molestó porque entré sin control hasta la sala. –¡Otra vez tú!– me dijo la señora. Fue cuando tú llegaste señalando a Jorge –¡Aquí no hay nadie! ¡Sálgase, por favor!– me gritó.

–Yo traté de cerciorarme de que, efectivamente, Darío no estaba ahí, antes de que cerrara la puerta. –Disculpe, señora, con permiso –le dijo Jorge.

–En el 2 me dijeron que habían oído hablar de él y de su novia, pero que no sabían nada.

–¿Su novia? –comentamos asombrados Alma, Fernanda y yo. Paco no dijo nada.

–En el 1, una señora salió a regañarnos por el escándalo que, según ella, estábamos haciendo y nos dijo –¿No creen que ya ha pasado mucho tiempo? ¿Podrían dejarnos descansar en paz? –Después de esto cerró la puerta y apagaron sus luces –dijo Fernanda. Al terminar su comentario, todos cruzamos miradas levantando los hombros. No entendimos.

–¿Qué hacemos?

Estábamos totalmente seguros de que Darío no se encontraba en ese piso, que algo había pasado. Entonces nos distribuimos por todo el edificio para encontrarlo. Yo me fui con Alma a la entrada, Jorge y Fernanda bajaron al piso 1 para de ahí empezar a subir, Paco subió a la azotea y de ahí comenzó a bajar. Eran 4 pisos, en la planta baja se localizan el estacionamiento y la portería; en la azotea, los cuartos de servicio.

La azotea

Conforme iba subiendo en la escalera, la corriente de aire generaba sonidos que penetraban en mis oídos, en cada escalón la fuerza del viento aumentaba más y más. Al abrir la puerta el aire gélido pegó en mi rostro, oculté la cara con el antebrazo, tardé unos segundos en moverme, froté mis manos. De frente, estaban las jaulas de cada departamento para tender ropa; las prendas, ahí prisioneras, se aferraban desesperadas al tendedero, el amago del viento era volarlas sin escapatoria. Miré a los lados, a la derecha estaban los cuartos de servicio, a la izquierda, los tinacos. Me acerqué a inspeccionar los cuartos, eran pequeños con dos ventilas cada uno. Revisé la puerta de cada cuarto, todas estaban con cerrojo; el cuarto de en medio tenía las ventilas abiertas, regresé a él, al aproximarme, me sentí inquieto. Miré por una de ellas, todo en el interior estaba revuelto, había muchos trebejos: cajas, un perchero, un ropero muy antiguo de dos lunas al fondo, los dos espejos estaban estrellados, varios sombreros tirados sobre colchas y cobijas sucias, sábanas, muchos documentos amarillentos y rotos, varios papeles quemados. Había uno encima que me llamó la atención, la parte quemada del papel semejaba una figura, de pronto, no quise verla. Un olor pestilente acarició mi nariz en ese momento, me provocó náuseas, me retiré; después me acerqué a la otra ventila, de ese lado había un mueble casi destruido con cajones abiertos llenos de ropa, libros encima, viejos y maltratados, uno de esos libros apenas se sostenía en la orilla. Me dio curiosidad leer el título. Nuevamente el olor hizo presencia en mi olfato, sentí opresión, ya no quise seguir buscando en el cuarto. Me dirigí, por detrás del cubo de la escalera, al otro lado de la azotea para revisar aquella parte, mis piernas parecían entumecerse, presté mayor atención a todo lo que me rodeaba. De repente, algo que se movió, me hizo mirar al otro lado de los tinacos. Alcancé a ver el talón de un pie descalzo. Un poco temeroso corrí pensando que se trataba de Darío. Conforme avanzaba, desdoblado la esquina del cubo, vi el cuerpo de una persona, era un hombre sentado sobre la losa de los tinacos reclinado sobre uno de

ellos, desnudo, la cabeza inclinada al frente, en la mano izquierda tenía una hoja de papel quemada. Me dio miedo, instintivamente retrocedí, me oculté en la pared del cubo.

—¿Darío? Dejé pasar unos instantes, medité lo que debía de hacer, volví a asomarme, ya no estaba.

—¿Darío? —grité

—¡Darío! —volví a gritar.

Nunca tuve la seguridad de que fuera él. Dudaba de haber visto a alguien, y luego ¿desnudo? A pesar de ello, grité su nombre de nuevo. Seguí buscando. No dejé un rincón de la azotea sin revisar. No había nadie. Darío no contestó.

Planta baja

Bajamos directo para localizar al portero o al conserje o a alguien que supiera a qué departamento se dirigió Darío. Cuando llegamos a la entrada del edificio, un señor encorvado, de barba, desaliñado, estaba en la puerta fumando un cigarrillo.

—Disculpe señor, ¿es usted el portero del edificio?

—Si ustedes creen que a esto se le pueda llamar edificio, sí.

—¿Conoce usted a Darío?

—¿Darío qué?

—Darío Ortega.

—Ah sí, lo recuerdo.

—¿Lo recuerda?

—Así es, joven simpático, fuerte, por cierto.

—Acaba de entrar. ¿Podría indicarme a cuál departamento fue?

—¿De qué color viene vestido?

–Trae playera roja y pantalón de mezclilla.

–No ha entrado, jóvenes.

–¡Claro que sí! veníamos con él, solo que se nos adelantó y lo perdimos.

–Él nunca vivió aquí.

–¿Nunca vivió aquí? Eso ya lo sabemos, pero hace unos instantes entró.

–¡Que no entró, señorita! Insisto. No estoy pintado en la pared como para que alguien pase sin ser visto. Además, entienda, ese hombre no vive aquí.

–¿Vivir aquí? Señor ¿por qué insiste en que Darío vive aquí?

–¡Qué no entró! ¡Insisto! Y le dije señorita que no entró.

–Bueno, bueno, está bien, no se moleste.

–Yo no me molesto, no tengo por qué molestarme, para eso estoy, para atender a la gente.

Insisto. El joven Darío hace mucho tiempo que no pasa por este edificio y si lo hubiera hecho, yo lo habría visto. Naturalmente es imposible que él vuelva por aquí. Lo estoy esperando.

–Le repito señor, ¡Insisto!, él acaba de entrar.

–¿Se está burlando de mí, jovencita? Sépanse ustedes que mi horario de trabajo empieza a las 5 de la mañana y termina a la media noche. Ahorita son las 19 horas. No salgo a comer, no voy a la tienda para no descuidar la entrada, no me gusta el cine. Insisto. Cuando apremian mis necesidades, desde el baño tengo instalado un sistema que me permite vigilar la entrada. Todo el tiempo velo por la seguridad de este vejestorio, tiene...

–Está bien señor, discúlpenos. Nosotros no conocemos el edificio y usted no estaba en la puerta cuando llegamos, no lo niegue. Perdimos de vista a Darío. Todos subimos hasta el último piso y, nada, se nos desapareció –le dijo Nicolás.

–Mire, joven. Mejor mida sus palabras, si lo oyeran los inquilinos, dirían que no cumplo con mi trabajo, así es que no me busque más problemas. Por última vez, insisto, Darío ya no regresó. Insisto, ¿qué más quiere?

–Está usted equivocado.

–¿Es terco, verdad? ¿qué parte no entiende? Me consta que ningún inquilino sabe nada de él desde que murió Arsenita.

–¿Arsenita?

–La hija del patrón, era la más pequeña.

–¿Y qué tiene que ver ella con Darío?

–¿Son amigos de Darío o no?

–Está bien, está bien. Gracias. Disculpe. ¿Nos permite seguir buscando?

–Hagan ustedes lo que quieran, cuando les pregunten los inquilinos por mí, tranquilícenlos, díganles que sigo aquí, que desde hace mucho no salgo para nada.

Tomó otro cigarrillo, lo encendió, se cruzó de brazos y siguió fumando, su mirada se quedó envuelta en el humo del tabaco. En el estacionamiento sólo había dos autos, uno de ellos estaba muy sucio, con dos llantas ponchadas, parecía abandonado. Después, al ir subiendo al primer piso, Nicolás y yo íbamos muy callados. Nicolás no decía nada, lo que nos dijo el viejo lo había perturbado, yo trataba de recordar qué lazos unían a Darío con el edificio. Realmente no sabíamos nada. Arsenita ¿quién era Arsenita? ¿Por qué dice el portero que desde que murió, Darío ya no regresó al edificio? No estoy segura, pero creo que en una ocasión Darío se ausentó un buen tiempo del grupo, según decían, le había sucedido algo, a lo mejor, la muerte de esa chica le afectó demasiado. Hasta donde yo recuerdo, nunca mencionó nada, estoy segura de que ninguno de nosotros lo sabía –le comenté a Nicolás.

–Yo también creo eso. Sí sabía que Darío venía al Centro, pero no puedo asegurarte que fuera a ver a alguien especial.

Segundo piso

–Cuando llegamos al piso, nos dividimos los departamentos, Jorge tomó los de la derecha: el 3, el 2 y el 1 al fondo. Yo los de la izquierda: 4, 5 y 6 al fondo. En el 6 vivía una pareja, me dijeron que no conocían a nadie con ese nombre pero que, cuando venían subiendo, los pasó un muchacho a toda prisa –Yo no estoy segura, pero el joven se iba quejando mucho,apestaba horrible –me dijo la señora–. El señor no dijo nada, solo escuchó el comentario y se metió enseguida. Me pasé al departamento 5, ahí salió una ancianita que me recordó a mi abuela. Hablaba con la misma tonadita, se le parecía mucho, vestía un suéter tejido color ladrillo y un delantal blanco de cuadros con líneas rojas, idéntico a los que ella usaba en la cocina, zapatos negros y medias cafés. Me dijo que sí conocía a Darío.

–Es un muchacho muy agradable, he tenido el gusto de charlar con él, ya tiene algunas semanas que no viene a tocar a mi puerta. He sido muy discreta de aceptar su invitación para tomar un fuerte en la cafetería de la esquina. No me gustan las habladurías de la gente.

Yo me reí, mi abuela gustaba de tomar un americano fuerte todas las tardes. En el 4, una señora me dijo que no podía abrirme. Al preguntarle por Darío, se quedó callada, ya no contestó. En ese momento se acercó Jorge y le dije:

–La señora de este departamento no me abrió, ¿estará aquí Darío?

–No, güey, cómo crees ¿por qué lo escondería? Más bien, la señora es de esas que no le abren a desconocidos.

–¿Y por qué no me contestó?

–Le valió madre, Fer. A mí no me abrieron ni en el 1, ni en el 2. El 3 tiene la puerta entreabierta, me asomé al departamento. Está desocupado. Ven, quiero que vengas a verlo –me dijo Jorge.

Entramos a él, tenía un olor penetrante; no había muebles; en una de las habitaciones había ropa en el suelo: un pantalón de mezclilla, una playera roja y unos zapatos viejos manchados de lodo. Me desagradó tanto el olor, que le dije a Jorge que le siguiera solo. –Ese espantoso olor todavía lo traigo en la nariz–. Cuando Jorge salió del departamento, de pronto corrió y se subió al tercer piso.

–Lo que pasó es que sentí que alguien había pasado corriendo desde el fondo. Tú ni cuenta te diste. Creí que era Darío, de inmediato le grité. Subí tras él. En el piso no había nadie. Preferí regresar por Fernanda.

Primer piso

–¿No se te hace extraño todo esto? –le pregunté a Nicolás.

–No lo sé.

–A mí, sí. El portero es un señor muy raro y lo que dijo de Darío no lo entiendo.

–Creo que Darío se está pasando de chistoso, si no quería ir a la reunión de Arsenia, lo hubiera dicho y no estar aquí jugando a las escondidillas –me contestó Nicolás, un tanto incómodo.

Me parecía muy raro el asunto. Nos repartimos los departamentos. En el 3 me dijeron que no lo conocían, la señora que me atendió parecía ser muy agradable, lo que me dio confianza para hacerle otras preguntas.

–No señorita, lamento decirle que no lo he visto ¿le puedo servir en algo más?

–Sí, el portero del edificio nos dijo que Darío tenía una amiga, ¿sabe usted algo de ella?

–Aquí no hay portero, señorita, ya tiene más de tres años que estamos sin portería.

–¿Cómo?, hablamos con él en la entrada.

En esos momentos Nicolás venía de haber preguntado en el 1, lo llamé.

–Dice la señora que no hay portero en el edificio.

Cruzamos una mirada de interrogación, la señora nos sacó del marasmo.

–Seguro vieron a un joven que luego viene, pero él no es el portero.

–No, este es un señor ya grande, encorvado, fuma mucho.

La señora miró a Nicolás, me miró a mí. Ya no hizo más comentarios, muy atenta, se despidió.

–Jóvenes, cuando salgan, no dejen la puerta del edificio abierta, buenas noches. Váyanse con cuidado.

Caminábamos hacia el departamento 4 cuando Alma me detuvo.

–Espera, déjame preguntarle otras cosas a la señora.

Alma se regresó, tocó la puerta. La señora abrió.

–Disculpe que la moleste de nuevo ¿le puedo hacer otra pregunta?

–Sí, dime.

–¿Por qué no hay portero?

–Pues si hubo un portero, don Matías, que duró muchos años, no se llevaba bien con todos, algunos querían que se fuera, pero don Adolfo siempre quiso que permaneciera en la portería. Un día desapareció y ya no se supo nada de él ni se le volvió a ver. Hasta donde sabemos mi esposo y yo, simplemente dejó de venir.

–¿El dueño vive aquí?

–Murió poco antes de que don Matías desapareciera. Las malas lenguas decían que él lo mató, pero eso no es cierto, Don Matías lo quería mucho, era patrón, era como su amo, todo lo

que él le pedía lo hacía a ciegas, lo cuidaba como un perro a su dueño. Creemos que por eso se fue.

–Otra pregunta, señora: el señor que vimos en la entrada nos dijo que una mujer murió hace más de un año, ¿sabe en qué departamento vivía?

–No era una mujer, era una jovencita.

–¿Jovencita?

–Jóvenes, ya váyanse, por favor. No crean que soy grosera pero ya no puedo atenderles más. Buenas noches.

Cerró la puerta.

–¿Cómo ves? –le dije a Nicolás.

–Te fijaste que la señora del 3 se llamaba Arsenia.

Llegamos al segundo piso sin hacer comentarios. Sin avanzar más allá del cubo, buscamos a los muchachos. No estaban. Alma se acercó a mí. Me abrazó. Pegó su rostro a mi pecho –Me está dando miedo todo esto –me dijo–. Escuchamos voces en el piso de arriba, inmediatamente, Alma se desprendió de mí. Subió casi corriendo.

El tercer piso

Todos, cuando nos encontramos de nuevo, sentimos cómo una ráfaga de viento cruzó por el pasillo. Las melenas se alborotaron. Una leve pérdida del alma sobrecogió a todos. No encontramos explicación alguna. No había ventanas, sólo muros; las puertas de los departamentos estaban cerradas. Los pasillos carecían de ventilación, su olor era fétido. El edificio se mostraba como una construcción en total abandono, tal parecía que a ningún inquilino le interesaba, mucho menos al dueño que se veía, no le invertía ni un centavo. Las paredes, en su mayoría, manchadas,

sucias, impregnadas de salitre. Los barandales oxidados, sin pintura. Algunos escalones quebrados. Basura. Cuando mucho, dos focos encendidos en cada piso.

–No entiendo qué está pasando. Darío se está burlando de nosotros. –dijo Paco, aún de pie sobre los últimos escalones que vienen de arriba.

–Creo que no es normal lo que nos dijeron los vecinos. Hay cosas que no cuadran en mi cerebro, algo no está funcionando –dijo Fernanda.

–Si a Darío le valemos madre, chido. Entonces ¿qué hacemos aquí? Ya vámonos –dijo Alma.

–¿Y si le hubiera pasado algo?

Ninguno se atrevió a decirlo, pero todos pensábamos lo mismo. La ráfaga de aire seguía su curso. De pronto, la puerta del departamento número 3 se abrió ligeramente, su rechinado nos llamó la atención, percibimos el ruido. Nadie se movió. Primero volteamos hacía el departamento. Después entrecruzamos miradas. El único que se movió fue Paco, bajó de los escalones, cruzó por en medio de nosotros y se acercó a la puerta. Jorge también se acercó. –¿Darío? –preguntó–. Yo estaba detrás de Fernanda. Fernanda tomó de los hombros a Alma, la echó para atrás. Paco fue empujado la puerta poco a poco. Nadie pronunció una palabra. A mí, la quijada se me prensó. Empezamos a avanzar. Primero entró Paco, después Jorge, detrás Fernanda, luego Alma, al final, yo. La puerta se cerró intempestivamente, el aire recrudesció su provocación. Las miradas se dispararon por la sala, por el comedor, atravesaron la ventana que daba a la calle, chocaron con las dos puertas cerradas. En la recámara se escucharon gritos. El silencio en la sala se hizo sepulcral.

– ¡No! ¡Hija! ¡Cómo has podido, infeliz! ¡Desgraciado, te vas a morir! ¡Miserable! –Se oyó una voz enfurecida. Paco se acercó a la puerta, después se oyeron golpes y más lamentos, sollozos de una mujer apenas se percibían. Un grito desgarrador apagó los instantes. La ventana de la sala se abrió, los vidrios reventaron, la ráfaga que entró por la ventana sacudió objetos, algunos cayeron al piso. Paco abrió la puerta de la recámara. Todos entramos.

La recámara

En la recámara, al frente, sobre la cama, se encontraba una jovencita semidesnuda, con un pequeño fondo azul bañado en sangre, sus movimientos eran de muerte, sus quejidos se iban apagando, en su mano derecha empuñaba un cuchillo. Un señor enloquecido inclinado sobre ella le gritaba desconsolado –¡Arsenia! ¡Hija! Darío estaba sentado sobre un sillón al lado de la cama, desnudo, con la cabeza caída al frente, en la mano izquierda tenía una hoja de papel quemada. De pronto, sin tropezar con nosotros, entró a la habitación don Matías –sentí un inmenso escalofrío–, su rostro era transparente, sus labios un desierto. Manoteó tantas veces, queriendo decir algo, sólo balbuceaba palabras. De rodillas se dejó caer al piso, trató de tocar el cuerpo inerte de la muchacha.

El señor se puso de pie, rodeó la cama. Ninguno de nosotros se movía. Tomó por el cuello a Darío, lo levantó del sillón, lo tiró al suelo, se echó sobre él, con fuerza descomunal lo golpeó miles de veces, la sangre salpicó por todos los lugares. Lo volvió a tomar por el cuello, lo fue ahogando. Darío en ningún momento se defendió. De repente, la jovencita se fue enderezando en la cama. Con gran esfuerzo logró incorporarse, en sus ojos había odio, brotaba una señal de muerte. Se abalanzó contra el señor. Con el cuchillo en ambas manos, se fue sobre su espalda. Herido de muerte, el señor se giró, tambaleante se puso de pie, intentó tocar el rostro de la joven.

Ella lo fulminó con la mirada. Cayó de bruces sobre la cama –¡No! –gritó don Matías–. Darío logró ponerse de pie, salió de la recámara. El portero se acercó a la muchacha, le quitó el cuchillo. Alcanzó a Darío en la sala. Ninguno de nosotros hizo algo para detenerlo.

– ¡Miserable! ¡Desgraciado! ¡Infeliz! ¡Cómo pudiste hacerlo!

Con fuerza descomunal descargó una cuchillada mortal sobre la espalda de Darío, y otra más –¡Muérete, mal nacido –le gritó–. Aún así, Darío pudo salir del departamento. El viejo portero devolvió sus pasos, entró a la habitación. Nosotros, sólo fuimos testigos de la barbarie. Don Matías, bañado en lágrimas, abrazó los cuerpos.

Salimos en busca de Darío. Corrimos por el pasillo, después al cubo. No estaba. El viento gélido nos envolvió. La puerta del departamento 3 se volvió a cerrar.

–Déjenlo, después lo buscamos, hay que darles auxilio a ellos. Entramos de nuevo al departamento. Fuimos a la recámara. Estaba vacía.

El tercer disparo

Declaración del acusado:

Eran las seis de la mañana. El Bolas, Pablo, mi hermano, aún no salía de su cuarto, tuve que ir a despertarlo.

–Qué onda, cabrón, ya levántate ¿en qué quedamos? –le dije.

–Yo no quedé en nada, tú eres el que quiere que te acompañe.

De un jalón lo levanté, lo cargué y lo metí a la regadera.

–¡Apúrate! no te hagas güey, te espero en la sala, me urge ver a Lorena.

–Y yo qué culpa tengo –me contestó.

Salí de la habitación. Volví a marcarle a Lorena, no me contestaba la hija de la chingada.

Al poco rato salió Pablo.

–Ahorita vengo –me dijo.

–¿A dónde vas?

–Voy por el Cheto.

–¡No mames! ¿Por qué tiene que ir ese güey? ¿Le andas dando? Nel, güey, me contestó.

Casi no se tardó. Subimos al automóvil. De mala gana, Pablo se echó sobre el asiento para dormirse otro rato. El Cheto se jeteó en el sillón de atrás. Crucé varias avenidas, iba como pelón de hospicio, en una de ellas me pitaron porque me pasé el alto, me vale, para qué son pendejos. Di la vuelta en el Eje 2 Norte, avancé como cinco semáforos en sentido contrario. Un cabrón se me puso sabroso, quiso echarme el carro: ni madres, que le acelero, ni se movió el puto. Ya era tarde, me urgía hablar con mi novia.

–Ya despábilate, carnal. No puede ser que vengas todavía jetón ¿quieres una chela? –ni me contestó el güey.

Me detuve en un Oxxo, compré un six y dos caguamas.

–Toma –seguía jetón, lo tuve que zangolotear – ¡échatela, carnal!

–No, gracias.

–¡Tómatela, te digo! para que te pongas a tono, cabrón.

Volteó a ver a su pareja. Déjalo, es mejor que siga jetón, le dije. ¡Anda, chúpale!

–No quiero. No pude dormir, tuve pesadillas.

–No mames ¿a tu edad? ¿Y qué soñaste?

–No soñé, tuve pesadillas. Me espanté un chingo.

–Con un trago te compones ¡Échesela, cabrón!

–Derecho carnal, me puse muy nervioso.

–Así estará tu conciencia, manito.

–¿Por qué vamos a ver a Lorena? ¿Otra vez te peleaste con ella?

–Nel, sólo quiero darle una sorpresita –le dije.

Ya no me contestó, se quedó callado. Del Cheto, ni sus ronquidos se oían.

Cuando llegamos al fraccionamiento, el portón estaba abierto, hacía días que no tenían vigilancia. Entramos, doblamos la esquina hacia la privada. Me estacioné en la acera de enfrente de la casa de Lorena. Espérate aquí, voy a hablar con ella, le dije a mi carnal.

Atravesé la calle, no vi el carro.

–Me lleva la chingada –dije. Desgraciada.

Las cortinas de la ventana estaban cerradas. Ya no quería pedos conmigo. Siempre que llegaba, por ahí me asomaba a buscarla. Ella nomás me veía y salía corriendo. Se me aventaba a los brazos. Tan guapa. Estaba bien buena.

Esperé un rato. Me senté en la banqueta. Ya me estaba encabronando cuando oí pasos y murmullos del otro lado, volteé de volada, iban pasando Andrea y su güey. Mi carnal también los

vio. Me crucé la calle para hablar con ella; cuando me vio se detuvo, su güey se interpuso entre los dos. Le pregunté por Lorena.

–Ya déjala en paz, no quiere saber nada de ti. ¡Vete! –me contestó.

–¿Por qué no está en su casa?

–Ya oíste, cuate, ¿quieres largarte? –me dijo el noviecito.

Yo, ni tardo ni perezoso, que me le dejo ir.

–¡Déjalo! –me pidió ella.

Él, la mera verdad, del susto, ni se movió. Se le quitó lo machito. Los dos avanzaron, pasaron por enfrente del coche, Pablo ni se bajó, pero les dijo algo. No alcancé a escuchar. Yo no los dejaba de ver, ella tampoco me quitaba la vista de encima. Su güey la tomó de la mano, al doblar la esquina, me vieron, que les miento su madre. Se fueron.

Me regresé a la casa de Lorena, me senté sobre la banqueta, no sabía qué hacer. Me estaba encabronado. Me pregunté ¿dónde estaría Lorena? ¿Con quién pasaría la noche fuera de su casa? ¡Ya me está poniendo el cuerno la hija de la chingada! Del coraje tomé una piedra que estaba ahí. La lancé con todas mis fuerzas. Que me chingo un carro, que se acciona la alarma. Me dije: ahorita mismo me desquito. Nadie salió.

Un señor que iba caminando por la acera de enfrente se me quedó viendo. Mi hermano ya se había bajado del carro, estaba chupando. El señor meneó la cabeza con ademán de disgusto. Mi hermano, jajá, le bailoteó en su jeta. El señor siguió avanzando, bajó la cabeza. ¡Ándele! para que no ande fintando a mi carnal. Dobló la esquina, se fue. Mi carnal atravesó la calle, se vino a sentar junto a mí.

–No mames, Paco, ya bájale ¿cómo eres capaz de dudar de ella? ¿Qué te dijeron esos güeyes? –me preguntó.

–Tú ni opines, mejor chitón, no sabes nada de la vida, mijo. Le quité la chela. Me la acabé.

Poco después, una señora ya ruca, salió de la casa contigua a la de Lorena. Arrastró la manguera de la toma de agua hasta las jardineras. Empezó a regarlas. Caminé hacia ella.

–Disculpe señora, buenos días.

–¿Usted conoce a Lorena? Vive en esa casa– le dije.

–Sí, ya lo sé.

–¿Sabe usted por qué no está en su casa? ¿Sabe si salió muy temprano? ¿Vino anoche ¿Venía la...? ¿Alguien...?

–Son muchas preguntas a la vez, joven. No tengo ni la menor idea si está, no soy quién para que me dé cuenta de sus actividades, ni tiene por qué hacerlo. No ando metiendo las narices dónde no me llaman. No me gusta el chisme, estoy medio sorda y no me gusta indagar quién anda por la calle tan temprano –Pablo se fue para el carro–. Me levanto en punto de las seis de la mañana, pero eso no significa que tengo que enterarme de todo ¿o, sí?, primero me desayuno, lavo mis trastes, después salgo a regar las plantas... (La neta, no sé cómo le hice para aguantarme su cantaleta)... no acostumbro asomarme a la calle desde la sala con la luz apagada, no me interesa cuando la gente se pelea. Me vale, como dicen ustedes. Lo que pasa afuera de mi casa, es cosa que no me importa y tampoco tengo por qué dar información a desconocidos. ¿Algo más, chiquillo?

–Ya no, gracias.

Ya no la estaba escuchando, esperé un rato, después me regresé con Pablo, iba cruzando el camellón cuando de repente un automóvil dio vuelta en la esquina. Era Lorena, pasó de largo, no me vio, instintivamente me llevé la mano a la espalda. Eso es lo malo de mí. El automóvil

bajó su velocidad, Lorena giró la dirección al final de la cerrada para maniobrar de regreso. Se estacionó frente a su casa. Me acerqué lentamente, no me había visto.

Saqué la pistola, apunté a la ventanilla. Oí los pasos de Pablo. –¡Tú no te muevas!–le dije a mi carnal.

–¡Te vas a morir infeliz, puta, hija de la chingada! –le grité. Lorena abrió la portezuela, bajó. Sólo una mirada fugaz chocó con mis ojos, desafiante, me empezó a insultar, me manoteó.

–¡Deja de molestarme, cabrón! ¡No me interesa lo que pienses, hombres como tú no valen la pena, no tienen huevos! ¡No vales nada, me das lástima! Después me dio la espalda para sacar un portafolio del asiento de atrás. Le vi sus nalguitas debajo de la falda ¡bien redonditas! empecé a enloquecer, no podía permitir que me ofendiera.

–¿De dónde vienes, infeliz?

–¡Te has de haber revolcado toda la noche! ¡Contesta, puta! ¡A mí no me vas a ver la cara!

Lorena cerró el carro, accionó la alarma.

–¡Ya bájale, patán, se te van a caer los calzones!

–¡No me hables así, desgraciada! ¿Por qué me haces esto? Yo te quiero mucho –le dije–. Me sentía enfermo, me sentía agraviado, me sentía ofendido en lo más profundo de mi alma. ¿Por qué a mí? Lorena quiso avanzar sin pedir una disculpa. Si se hubiera detenido a pensar tantito, yo con mi dolor, bien merecía su arrepentimiento. Le cerré el paso. Ella ni volteó. Entonces rodeó el carro, al subir a la banqueta la topé del otro lado. Le disparé. Lorena cayó al suelo. Escuché su gemido. Trató de incorporarse. Oí sus lamentos, pero nunca dijo te quiero. Me acerqué a ella, volví a dispararle, giró boca abajo, quiso seguir avanzando. Le fue difícil. Giró de nuevo, tal vez creyendo que yo la ayudaría. La sangre ya se mostraba en sus ropas. La mueca en su rostro no me conmovió. Yo soy así.

Me puse frente a su cabeza. Vi su angustia. ¡Hipócrita! esperaba que se arrepintiera. Se quedó quieta, desencajada, moribunda, sólo su mano izquierda trató de acariciar la pistola para precipitar su muerte.

–Te perdono, Lorena.

Volteé a ver a mi carnal, me daba pena con él. Estaba muy agitado, me veía con pánico, clavado en el pavimento. Fijé la vista en la mujer que había amado tanto, a la que le entregué todo lo que soy. Sonreí, era lo menos que podía hacer en esos momentos. Volví a disparar. Su cuerpo se fue aflojando. Su mano ensangrentada finalmente se rindió.

–Lorena, mi amor, es mejor así, descansa en paz –le dije.

Tomé las llaves del automóvil, desactivé la alarma, me subí, acaricié el volante. Encendí el motor, ¡qué motor! casi no se oía. Accioné la palanca de velocidades, metí reversa, viré la dirección, me dirigí a la salida. Encendí un cigarro, al doblar la esquina vi a Andrea con su novio. Salí del fraccionamiento. Oí el murmullo de una sirena. Ahora, estoy tranquilo, sé que ella ha dejado de atormentarme.

Declaración de un testigo presencial:

El Bolas me fue a despertar, yo estaba bien jetón, casi, casi me acababa de acostar. Pablo le dijo a mi jefa que le urgía hablar conmigo. Desde antes que entrara al cuarto ya estaba gritando:

–¡Cheto, Cheto! Levántate, carnal. Quiero que me acompañes con el Pancho.

Yo le dije que no se pasara, que me dejara dormir, que tenía hartas cosas que hacer. Le dije que no chingara.

–No seas gacho, mi carnal quiere que lo acompañe a ver a su vieja y no me late.

Yo le dije que ese no era mi cuento y que tenía que hacerle un mandado a mi jefa.

–Ah, ¿así de culero?

El Bolas es bien chido, siempre ha jalado. Es reata. Nunca se ha abierto cuando lo he necesitado. Le pedí a mi jefecita que me aguantara tantito, que nomás iba a hacer un mandado con Pablo, que no me tardaba nadita. Cuando íbamos para su cantón le pregunté, que cuál era el pedo que se traía. Me dijo que su carnal quería que lo acompañara a buscar a Lorena, su vieja del Pancho, porque no sabía nada de ella. Pero, el Bolas no quería ir. La verdad, él fue obligado. Pancho estaba bien pedo. Cuando llegamos a su casa, salió con una caguama en la mano.

–¿Buenos días, mi amor ¿cómo estás? –me dijo.

Yo no le hice caso, me importaba mi cuate. Ese güey es un gandalla. Y es que el Bolas me contó que Pancho hace unos días la madreó después de violarla. Bueno, eso de violarla no lo sé, porque yo entiendo que la violas cuando te la coges a la fuerza, y ella era su novia. Me consta que siempre se estaban peleando. Él la celaba mucho. Lorena era buena onda, a mi me caía un buen. Estaba bien chula.

Subimos al automóvil. Yo me eché luego, luego. Me quede jetón. El Bolas me despertó de repente para que tomara cerveza. No quise. Era muy temprano. No estaba crudo. Francisco iba molestando a los automovilistas, estaba como loco. El alcohol lo tenía prendido, yo creo que también se dio un pitazo. Me enderecé del asiento. Pablo le iba echando bronca para que le bajara a su fórmula uno. A él le valía madre. Pasamos junto a una patrulla, Paco que se las mienta, pero ellos, ni color se dieron. De seguro, también estaban pasados. Me volví a jetear.

Luego, me pareció oír que se detenía. Se bajó en un Oxxo a comprar más chelas. La neta, yo no quería pedos. No quería ir. Nada más por mi cuate es que me lancé, de haber sabido lo que iba a pasar, de pendejo me apunto.

Traté de dormir. Ya no pude. Me hice el dormido de todos modos. Pablo le iba contando a su carnal que había tenido una pesadilla esa noche. Le decía que soñó estar sobre una plancha de concreto, fría, helada, como si en ella pusieran cadáveres en descomposición. Que una luz blanca, muy intensa lo cegaba y que no se podía mover. De pronto, el cábula del Pancho se lo empezó a calabacear cuando el Bolas le contó que sintió que unos miembros lo tocaban. Tuve que taparme la boca para no soltar la carcajada.

Los dos se empezaron a reír y por un rato se estuvieron diciendo de mamadas, y después, el Bolas, le siguió contando el sueño que tuvo. Como que me hizo escamas lo que le estaba contando:

– Eran unos miembros resbalosos, tan escurridizos que se iban enrollando por los tobillos, por las muñecas de mis manos, por el cuello. Cada vez, me iban apretando más y más. Yo sentía cómo me lastimaban la piel, sentía que empezaba a sangrar. El aire ya no entraba a mis pulmones, sentía como me ahogaba. Intenté zafarme. No pude. Me desperté gritando. Estaba sudando a chorros. La primera vez, me volví a dormir, pero, ¡que se vuelve a repetir la maldita pesadilla! Ya no pude dormir –le dijo.

Yo me quedé pensando ¿qué sería lo que soñó? No le entendí nada al Bolas. No quise decir nada, ni se acordaban de mí.

–¿Por qué vamos a ver a Lorena, otra vez te peleaste con ella? –le preguntó Pablo. No le contestó su carnal.

Llegamos al fraccionamiento donde vivía Lorena.

–¿Ya no tienen vigilancia? –le preguntó Pablo a Francisco.

–Nel, desde hace días, a los cabrones que viven aquí les duele el codo. Pero no la necesitan, no pasa nada, Diosito está con ellos y con nosotros también –le respondió.

Lo que sea de cada quien, el Pancho era muy creyente. Con el permiso de la virgencita, cada vez que se iba a agandallar algo o a alguien se santiguaba para salir airoso.

Entramos, doblamos la esquina hacia la privada. Se estacionó entrando a la calle, le dijo al Bolas que lo esperara en el coche. Pablo se puso a chupar. Como que a mí, algo no me gustaba. Al poco rato oí risas. Desde el asiento, sin moverme, observé a Pablo. De pronto, oí a Paco que hablaba con alguien. El Bolas los estaba mirando, siguió chupando. Paco les gritaba, solo se oía la voz de una mujer. No sabía quién era, no me pareció la voz de Lorena. Hablaron. Después, oí pasos que se alejaban, vi cómo Pablo los siguió con la mirada. ¡Pss, pss, adiós mi vida! ¡Cuídala bien, socio!, les dijo al pasar junto al carro. Después oí un ruido y una alarma que empezó a sonar. Pablo se bajó del automóvil. Fue entonces que me enderecé. Un señor que iba caminando por la acera se le quedó viendo a Pancho, que estaba del otro lado. El Bolas iba caminando hacia él. El señor meneó la cabeza como si se hubiera encabronado. Yo no me moví. Pablo le gritó ¿qué güey? El señor no contestó. Yo estaba viendo a Pablo. ¿Miedito?, le gritó. No hizo caso, se fue.

Pablo se fue a sentar con su carnal. No me veían, estaban muy entretenidos con su plática. Se me antojó una chela. La agarré. Empecé a tomar. Ni pedo, tendremos que ponernos a tono, me dije. Seguí observándolos.

Paco vio que una anciana salió de la casa contigua a la de Lorena. La doña se puso a regar las plantas de su jardín. Paco se levantó de la banqueta, fue a hablar con ella. Hablaron. La viejita le manoteaba. El Bolas se dejó venir para el carro. Quiubo, carnal, ya te despertaste. Me vio la caguama. Chido, carnal, por eso te quiero mucho, mi rey. Yo no le contesté. Sigue chupando, carnalito, no te muevas. No me moví. La viejita terminó de regar, recogió su manguera y se metió. Paco se veía alterado. Se sentó nuevamente. Después se puso de pie, avanzó hacía Pablo. Estaba yo seguro de que venía por la caguama. De pronto, un automóvil dio vuelta en la esquina,

era Lorena. Que se lleva la mano Paco a la espalda, ahí acostumbraba cargar su pistola. No creí que la trajera. Yo, que me chingo la cerveza que me quedaba. Ni pestañé. El Bolas que lo sigue.

Pancho que le grita: ¡Te vas a morir infeliz, puta, hija de la chingada! Lorena abrió la portezuela, se bajó. Empezó a discutir con él. Pancho que le saca la pistola. Yo dije: ¡Ay, güey! Pablo se quiso acercar. ¡Tú no te muevas!, le ordenó.

Claramente se oía cómo empezaron a discutir:

–¡Deja de molestarme, cabrón!, no me interesa lo que pienses, hombres como tú no valen la pena. No vales la nada, me das lástima– después se giró a sacar un portafolio del asiento de atrás. Para qué es más que la verdad, me quede viendo sus nalguitas. ¡Ay, mi vida!

–¿De dónde vienes, infeliz? –le preguntó Pancho. Yo creo que se pasó de lanza. A la mujer que quieres no la insultas preguntándole que con quién se estaba revolcando. Tampoco se le dice que es una puta. Lorena no le hizo caso, eso le debió dar más coraje a Francisco. Cerró el carro, accionó la alarma. Después se paró frente a él. Híjole, de verdad que se vio muy hembra la Lore. Le dijo: Ya bájale machito, se te van a caer los calzones.

–¡No me hables así, desgraciada! ¿Por qué me haces esto? Yo te quiero mucho –que le dice el Pancho.

Pablo ya se había movido hasta colocarse detrás de Paco cuando Lorena le dijo:

–¡Tú hermano abusó de mi!

¡Y que lo señala, güey!

–¡Ahí estabas, no te hagas pendejo! Pero se te hizo más fácil, salirte de la casa. ¡Me violó ese desgraciado!

¡No mames, güey! ¿Qué pedo se traían? Lorena, sí que estaba encabronada

–¡Infelices! –les gritó.

Me quedé de a seis, ni la baba se me calló. La vi a ella. Lo vi a él. Él le seguía apuntando con la pistola. Sus ojos destellaban odio. El Pancho ya estaba borracho. Pienso que no se dio cuenta de lo que dijo Lorena.

Lorena quiso huir. El Pancho le cerró el paso para que se detuviera.

–Vamos a hablar –le dijo.

Lorena se dio la vuelta para rodear el carro. Pancho corrió por el otro lado. En ese momento, Pablo lo intentó abrazar, yo pensé que lo quería detener para que no fuera a ocurrir una desgracia.

–Tú no te metas –le gritó.

Estaba iracundo. Al toparse con ella, que la detiene por los brazos.

– ¡Lorena, perdóname! –le dijo Pancho.

–¡No Pancho! –le gritó Pablo.

–¡Fue su culpa, carnal, fue su culpa!

Pablo estaba junto a Pancho cuando se oyó el disparo. Lorena cayó al suelo, trató de incorporarse. Yo me quedé de una pieza. Sus lamentos me dieron pena. Todavía pudo moverse. Pancho se le acercó, cayó de rodillas, le tocó la herida la herida. Levantó su rostro al cielo. Volteó a ver a Pablo. Yo me quedé mudo. El Bolas volvió a disparar. Lorena se sacudió violenta y rodó de espaldas. Pancho se derrumbó hacia atrás. Después se incorporó hasta ponerse frente al rostro de Lorena. No sé si algo le dijo. Pancho volteó a ver a su carnal. Un tercer disparo se oyó en todo el fraccionamiento. Pablo tomó a Pancho por los brazos, lo levantó, lo llevó hasta el carro. Lo subió. No hablaron. Pancho arrancó el automóvil, aceleró, dio vuelta. Pasó junto a mí, su mirada estaba perdida. Salió del fraccionamiento. Volteé a ver a Pablo. Caminó hacia la salida, en la entrada se topó a los amigos de la Lorena. Los saludó. Una sirena se escuchó a lo lejos. Me acabé la chela. Salí. Me fui por la sombrita, hacía bastante calor.

¡101!

Sí, sí, aquí es. Estoy seguro

A ver, ¿cómo se llama esta calle? Hermilo Morales, sí, aquí es. Está medio espantoso, caramba. Esto me pasa por zonzo. Podría haber venido en automóvil, cómodo, maravillosamente acompañado por una dama, evitando a ser expuesto a cualquier peligro que pueda ocasionar andar en estos lugares tan impresionantes. Ni hablar, todo por una colita. ¡Mi vida, cómo se me escapó la oportunidad de tenerte entre mis manos! Soy un bruto. Ah, David, a ver si aprendes.

¿En qué número vamos? ¡Abusado, David! Por estar pensando de más, no pusiste atención en la numeración de la calle. ¿En cuál estamos?

¡347! ¡Uy! ¡Qué barbaridad, falta mucho!

¡346! ¡Perfecto! Voy en la dirección correcta, es hacia allá. Espero no sean muchas cuadras. Bueno, después de todo, si Mireya me rechazó, celebro que Alejandra me esté esperando. ¿Ves, David? Te das cuenta mí adorada Mireya, cómo nadie es indispensable, y mucho menos cuando inserta aires de indiferencia y vulgaridad en su arrogancia hacia los demás. De lo que te vas a perder, chula... ¿Qué sería de María? ¿Todavía vivirá con su mamá? Mm... Cristina. ¡Bah!

Me dijo Alejandra que iba a estar al pendiente de mi llegada al salón. Me repitió una y mil veces –eso me halagó sobremanera–, que al descubrirme, cruzaría el umbral de la puerta para posar su cuerpo sobre el mío y llevarme al mismísimo corazón de la danza para bailar toda la noche, y después –también fue muy precisa–, ser mía hasta el amanecer. ¡Ay, Alejandrita de mi corazón! Mi necesidad de ti es capaz de alumbrar este camino tan fortuito que aún nos separa. No

me explico qué vienes a hacer por estos lugares ¡es tan miserable! En fin, todo sea por hermosos momentos que me esperan a tu lado.

Porque, la verdad porque esos callejones, sí que son boca de lobo, pero en serio ¡es patético! Por cualquiera de ellos te sale un rufián de poca madre que te descuartiza sin que no puedas evitarlo. A ver, a ver, Davicito, ponte trucha, mi amigo. No te me arrugues. La doncella en cuestión se merece todo el aprecio. ¡Entonces! No te me arrugues, papá.

¡Válgame, con vecindades tan jodidas!

¡285! No es posible, todavía hay que caminar un buen trecho. Si al menos hubiera una tienda abierta para comprar unos cigarrillos. Está bajando mucho la neblina. ¿Qué hora será? 23:15, mm creo que voy a llegar tarde. Alejandra, seguramente, ya estará coqueteando con otro. Para mi desgracia, olvidé el celular en casa de Mireya.

No sé para qué vine, y luego solo. Le hubiera hablado al Flaco para que me invitara unas copas en su departamento y hubiera sido más placentero que esto. Todo por hacerle caso a la libido.

Se me hace que alguien salió de esa casa. ¿Quién será? ¿Qué querrá? Estoy seguro de que salió alguien. Dicen que por aquí desvalijan seguido y que si no te dejas, te ponen una madrina. No inventes, Deivid. No necesitamos de acciones contrarias a tal situación. Comportate, por favor.

De todos modos me estoy poniendo nervioso.

¡Calma, David, calma!

¡254! Sí, oigo pasos, ¿alguien se acerca? ¿Quién será? ¿Qué querrá? No me gusta nada este pinche trance. Ahora, ni cómo echarme para atrás. Si volteo y son ratas, se van a dar cuenta

de mi terror y me van a agredir de inmediato. ¡No, no! ¡Otra hipótesis sería que fuesen jóvenes que van a la fiesta! ¡Fantástico!

¿Qué hago, qué hago? no se ve a nadie por ningún lado. Alguien que pudiera ayudarme. Alguna luz en las ventanas. No traigo nada para defenderme.

¡Ya, cabrón! ¡No seas puto! ¡No pasa nada! La gente debe caminar a la hora que se le dé la gana y no por eso van a aparecer las ratas.

Creo que del callejón, alguien salió.

¡Me lleva la chingada!

¡Estoy a punto de abdicar!

No hay sosiego en mi alma.

¡193! Ya falta poco. ¡Vamos Dav! ¡Vamos, chingao!

Considerando que estoy alucinando y que todos los que vienen detrás de mí van felices a la fiesta.

No entiendo cómo puedo perder el control en estos momentos si ya tengo experiencia en estos menesteres.

¿Calambres a mí? ¡Por favor!

La verdad, prefiero no voltear.

Ya vienen caminando más de prisa y no se hace la luz.

¿Y si me equivoqué? No, Alejandra me explicó bien cómo llegar, no pude haberme equivocado.

¿Qué hago, qué hago? A lo mejor están esperando que corra para acabarme de una vez.

¡132! ¡Ya no aguanto! siento que me pelo, me falta el aire, tengo escalofrío, estoy perdiendo fuerzas para caminar, se me están doblando las piernas.

Las calles están más oscuras, casi no veo, ya no creo en Dios.

¡A buena hora pienso en él! ¡Dios!

¡No te ensañes conmigo!

¡Tú estabas ahí!

¡Tú lo permitiste!

¡Siempre me has perdonado!

Tú sabes que no fue a propósito, sólo quería que me prestara para un taco, no fue mi intención. Él tuvo la culpa, se resbaló, su cabeza se golpeó en la guarnición.

¡No lo aventé!

¡No le encajé el cuchillo con tanta saña hasta reventarlo como tú lo estás haciendo conmigo!

¡Dios! ¿Dónde estás?

Él parece que murió, pero ¡mira! aquí traigo su dinero, no lo quiero, ya no lo quiero, tómalo, Tú quédate con él.

¡Me diste tu bendición! ¿Por qué, ahora me haces esto?

Ya no quiero saber nada, sólo quiero estar en paz.

¡101! ¡Por fin el número! ¡No permitan que me lastimen!